

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

FELICES SUEÑOS, QUERIDA

Lou Carrigan



Muchas cosas más, unos miles de personas que no cesaban de aullar, y una tarde de gran triunfo para Mateo Sierra *Chihuahua*, que acababa de cortar las dos orejas y el rabo del quinto toro de la tarde llena de sol que todavía era rabioso. El matador anterior, Agapito Carvajal, se había llevado un broncazo que pasaría a la historia taurina mexicana.

La plaza era un montón de colores y rostros. Predominaba el blanco, pero también se veían camisas de colorines, que dañaban la vista al reflejar el sol casi tanto como las blancas.

Mateo Sierra *Chihuahua* estaba dando su segunda vuelta al ruedo, mostrando sus trofeos, sonriendo en agradecimiento a los silbidos y aplausos; se había manchado la taleguilla de sangre de toro, pero aquélla era su gran tarde.



Lou Carrigan

Felices sueños, querida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1443

ePub r1.0

Lds 08.12.18

Título original: *Felices sueños, querida*

Lou Carrigan, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



Preludio

Nathan Ward, agente especial del FBI, detuvo su coche particular delante de la Delegación de ese Servicio en El Paso, Texas, y suspiró.

—Bueno —sonrió desganadamente—: ya estoy una vez más aquí, Alice.

La muchacha que le acompañaba también sonrió, con no demasiada alegría.

—¿Tardarás mucho? —preguntó.

—No lo sé. Supongo que no... Es decir: espero que no.

—¿Crees que será algún servicio, Nat?

—Hum...

Volvió a sonreír, con algo más de espontaneidad, besó ligeramente la sonrosada boquita de la muchacha y se apeó.

—Si tu jefe pretendiera encargarte algún servicio, Nat, puedes decirle...

—Lo único que puedo decirle al inspector Leonard si «pretende» encargarme algún servicio es «sí, señor», Alice. Pero tiene buen corazón, y sabe que me corresponden cinco días de vacaciones. ¿Por qué preocuparnos tanto? A lo mejor, sólo quiere desearme una feliz luna de miel.

Volvieron a sonreír los dos. Luego, Nathan Ward entró en la Delegación, recibiendo y devolviendo saludos. Eran las diez y media de la mañana de un caluroso día estival. Un día estupendo para casarse y partir luego en un corlo viaje de luna de miel al Gran Cañón del Colorado, en Arizona. Cinco días eran muy pocos días para una luna de miel, pero Nathan había llegado a la conclusión de que si esperaba poder conseguir los veintinueve que tenía acumulados para casarse, tanto él como la preciosa Alice, serían dos

viejecitos arrugados y simpáticos... que no sabrían qué hacer ni siquiera con cinco días de luna de miel. En cambio, ahora, con veintinueve años él y veintidós Alice, era un momento estupendo para aprovechar cinco días...

Entró en el despacho de Harold Leonard pensando esto y, por tanto, con una sonrisita de felicidad en su dura boca, que parecía partir en seco tajo su gran mentón adelantado, fuerte, belicoso.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Nathan —sonrió el inspector jefe de la Delegación—. Te veo de muy buen humor.

—He pensado aprovechar los miserables cinco días que usted me ha concedido, para casarme. Luego, me voy al Gran Cañón, a montar en burro y ver danzar a los indios. Esto... ¿Algún contratiempo?

—Ninguno. Al contrario.

Nathan miró estupefacto a su jefe, dejando de encender el cigarrillo que se había colocado en los labios.

—¿Al contrario? —musitó.

—Te conseguí diez días más. Tendrás una luna de miel de dos hermosas semanas.

—Ésta es gorda —masculló Nathan—. Se lo agradezco mucho, señor, de veras... ¿Esto... es todo?

—En principio, sí.

—¡Ya me lo temía yo...! —protestó Nathan.

—No, no... Espera, Nat, espera... Es cierto, hay una misión de por medio. Pero no tienes por qué hacerla tú. La única verdad respecto a mi llamada es que quería notificarte que puedes contar con dos semanas de vacaciones. Pero el caso que tengo ahora en carpeta quizá te interese. Entiendo que tu futura esposa es hermana de Monty, ¿eh?

—Sí, señor. Conocí a Alice precisamente cuando Monty y yo terminamos un servicio y él me invitó a comer en su casita de Alabama Avenue.

—Jem... Monty y tú sois muy buenos amigos. —Desde hace tres años. Es un chico estupendo, y casi tan buen agente como yo— sonrió Nathan.

—Su hermana es muy bonita, ¿no?

Nathan Ward frunció el ceño. Harold Leonard estaba diciendo

cosas que se caían de puro viejas, y eso, en un hombre de la mentalidad del jefe de la Delegación, sonaba a estrafalario.

—¿Qué es lo que ocurre, señor? —susurró Nathan.

—Alguien va a tener que vigilar a Monty.

Durante unos segundos, el despacho quedó completamente en silencio, como si nadie hubiese allí. Leonard y Nathan se miraban fijamente.

—¿Vigilar a Monty, señor? ¿A Monty Coleman, mi compañero de servicios, mi amigo, mi futuro cuñado, uno de los buenos agentes que hay en la Delegación? ¿Vigilarlo a él?

—Sí.

—No entiendo... ¿Por qué? Demonios, tiene que ser algo gordo para que un agente del FBI tenga que ser vigilado...

—Me temo que es bastante gordo, Nathan. ¿Quieres vigilarlo tú?

—De modo que me ha llamado por eso, ¿eh?

—Me ha parecido que debía concederte la oportunidad de que seas tú quien investigue a Monty. Es tu mejor amigo, pronto seréis cuñados. Pero que conste que si prefieres irte en viaje de bodas, no voy a retenerte. Tú has de decidir.

—Le agradezco su amabilidad, señor. —Nathan se sentó; estaba muy serio—. ¿De qué se trata?

—Monty no ha comparecido a su examen físico.

Ward se iba desconcertando más y más.

—No me diga que ha «desertado» —sonrió.

—No. Está cumpliendo servicio. Pero por dos veces se le ha citado para examen físico, y ninguna de ellas ha acudido.

—Bueno... Monty es un tipo fuerte y sano, y... Demonios: ¿por qué no se ha presentado? No sabía nada de esto... Y me parece una tontería. ¿A usted no?

Harold Leonard encogió los hombros.

—Eso debe saberlo el propio Monty, Nathan.

—Bien... Pero ¿qué tengo que hacer? ¿Investigar por qué no se ha presentado a examen físico?

—No hay que ir de modo tan directo al asunto, Nat.

—Mmm... ¿Me dedico a vigilarlo?

—Ya lo han hecho.

Nathan se mordió los labios.

—¿Ya ha ordenado usted que vigilen a Monty?

—No te disgustes. Hubiese hecho lo mismo contigo, o con cualquier otro. Y si tú estuvieses en este despacho habrías procedido exactamente igual que yo.

—Todo esto me parece... pueril. Pero está bien: ¿qué hemos averiguado al seguir a Monty?

—Nada especial. Por eso te ofrezco la oportunidad de que seas tú quien se encargue de esto antes de tomarme en serio el asunto.

—Le juro que no entiendo nada... Cuando usted decide tomarse en serio el asunto es que tiene sospechas sólidas sobre alguna cosa o persona. Partamos desde el principio: ¿qué ha estado haciendo últimamente Monty que pueda relacionarse con su no comparecencia al examen físico?

Harold Leonard asintió con la cabeza. Se inclinó hacia el *intercom*, lo abrió y ordenó:

—Que pase Boyd, Pop.

—Sí, señor.

La puerta del despacho lateral al de Leonard se abrió, y entró un hombre joven, rubio, de mirada risueña, greñudo.

—Hola, Nat —saludó.

—¿Qué tal, Boyd? —contestó Ward.

Leonard le señaló al recién llegado otro sillón, enfrente al que ocupaba Nathan Ward.

—Cuéntaselo todo a Nat, Boyd.

—Sí, señor —el agente Boyd Benton se sentó y miró a Ward—. He estado siguiendo a Monty durante quince días, Nat. En ese tiempo, ha ido cuatro veces a la plaza de toros de El Paso, México. Y nunca ha ido solo.

Nathan estaba boquiabierto.

—¿Dices que Monty ha ido cuatro veces en quince días al Bull Ring de El Paso, México?

—Eso digo. Y repito que nunca solo. Siempre acompañado de una hermosa mujer. Monty pasa a recogerla en su coche, y se van los dos a la parte mexicana; ven la corrida de toros, y regresan.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que hacen.

—¿Conocemos a la mujer?

—No consta de ningún modo en nuestros archivos. Ya pedimos informes a Washington, pero no hay absolutamente nada allí de

Louise Colbys. Naturalmente, nos hemos enterado de que ése es su verdadero nombre.

—Bien... Entonces, no veo...

—Cuando Monty no está con Louise Colbys, ella tiene brevísimos tratos con otro hombre. Éste se llama Owen Langdon... y sí tiene antecedentes. Estuvo detenido hace tres años...

—¿Quién lo detuvo?

—Nosotros... O sea, nuestros compañeros de Nueva York: se dedicaba al tráfico de estupefacientes... mm... más o menos.

Nathan había palidecido.

—¿Más o menos?

—Sólo se le pudo probar una cierta confusa intervención en el asunto, y salió libre muy pronto. Ahora, Owen Langdon está en El Paso Yankee, alojado en un motel caro, y aparentemente se dedica a no hacer nada. Tiene dinero, vive bien, y eso es todo.

—Todo..., excepto que tiene algún brevísimo trato con Louise Colbys, la cual, a su vez, se dedica a dejarse acompañar por nuestro compañero Monty. ¿Correcto, Boyd?

—Correcto, Nat.

Nathan miró entonces al jefe de la Delegación.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la no comparecencia de Monty Coleman al examen físico, señor?

Harold Leonard miró a Boyd Benton; luego, ambos se quedaron mirando fijamente a Nathan Ward, en silencio. Nathan se mordía los labios, y estaba de nuevo pálido.

Tuvo que ser él quien hablase de nuevo, con voz algo ronca:

—Está bien: me quedo con el caso.

—Nathan, no estás obligado...

—Quiero el caso, señor.

—Entonces —musitó Leonard—, es tuyo del todo.

Ward se puso en pie, aplastando el cigarrillo en el cenicero. Boyd, que lo estaba mirando fijamente, dijo:

—Louise Colbys vive en un hermoso apartamento en el mil doscientos treinta y cinco de Piedras Street, Nathan. Y esta tarde hay nuevamente corrida.

—Entiendo... ¿Y Owen Langdon?

—Cuernavaca Motel, casi en el cruce de Pershin Drive y Altura Boulevard.

—Bien. ¿Puedo, de momento, hacerlo yo solo, señor?

—Hasta donde creas que puedes llegar, Nat.

—Gracias. A la noche le llamaré... cuando regresemos de El Paso, México, de ver una corrida de toros. Hasta entonces.

—Adiós, Nat.

Nathan salió del despacho. Poco después, salía a la calle y se dirigía hacia su coche. Cuando entró en éste, Alice Coleman le sonrió, temerosa.

—¿Todo bien, Nathan?

—Me temo que no, Alice.

—Oh... Por favor, Nathan, no me digas que te han encargado algún caso...

—Lo siento, Alice.

—¡No hay derecho...!

Nathan la interrumpió, sonriendo.

—Ocurre que en cuanto termine este asunto tendremos quince días de luna de miel en lugar de cinco, Alice. ¿Crees que vale la pena?

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Los ojos de Alice Coleman brillaron alegremente. Se acercó a Nathan y lo besó en la áspera barbilla.

—Oh, Nathan, ¡será maravilloso! ¡Ojalá encuentres pronto al criminal, o lo que sea...!

Ward la miró de reojo, mientras ponía en marcha el coche.

—Sí... Ojalá encuentre pronto... lo que sea. Te llevaré a tu casa ahora, Alice. Tengo que ponerme a trabajar enseguida. Yo te llamaré en cuanto pueda ir a verte, para que me estés esperando.

—Lo que tú digas, Nathan. ¿No podré localizarte yo?

—No, no... Aún no sé con seguridad a dónde tendré que dirigirme durante el día de hoy...

Era mentira.

Sabía que aquella tarde estaría en la plaza de toros de El Paso, México.

CAPÍTULO PRIMERO

Sol.

Arena.

Coca-cola.

Manises.

Tequila El Chaparrito.

Helados El Sorbito.

Viseras.

Cerveza.

Muchas cosas más, unos miles de personas que no cesaban de aullar, y una tarde de gran triunfo para Mateo Sierra *Chihuahua*, que acababa de cortar las dos orejas y el rabo del quinto toro de la tarde llena de sol que todavía era rabioso. El matador anterior, Agapito Carvajal, se había llevado un broncazo que pasaría a la historia taurina mexicana.

La plaza era un montón de colores y rostros. Predominaba el blanco, pero también se veían camisas de colorines, que dañaban la vista al reflejar el sol casi tanto como las blancas.

Mateo Sierra *Chihuahua* estaba dando su segunda vuelta al ruedo, mostrando sus trofeos, sonriendo en agradecimiento a los silbidos y aplausos; se había manchado la taleguilla de sangre de toro, pero aquélla era su gran tarde.

Había un espectador que, a pesar del calor, llevaba una barba respetable y unos enormes bigotes fanfarrones; y un sombrero de paja; y unas gafas de sol. Silbaba y aplaudía como los demás, pero, tras los cristales oscuros de sus gafas, sus ojos no se apartaban de la pareja que tenía a su izquierda y media docena de gradas más abajo.

Desde luego, la mujer era auténticamente sensacional. Tenía los

cabellos negros, la piel muy blanca, los ojos muy grandes, oscuros, y la boca roja y grande, riente, sugestiva. Llevaba un fino vestidito color malva, y sus senos destacaban agudos y airosos cuando no se apretaban contra el brazo de su acompañante masculino al abrazarse ella en su excitación ante la lucha entre el toro y el matador. El hombre no era tan sensacional, pero sin duda hacía buena pareja con la hermosa mujer. Alto, ancho de hombros, de cabellos rubio oscuro, ojos claros; su fuerte cuello bien musculado destacaba virilmente en el blanco cuello abierto de la camisa. Sus manos eran grandes, potentes... Pero jamás aplaudía. Ni silbaba tampoco. Simplemente, veía la corrida, con la imperturbabilidad de quien contempla la corriente de un riachuelo. Debía tener treinta años. La mujer, veinticuatro o veinticinco. Ella se llamaba Louise Colbys. El, Monty Coleman.

El sexto toro no dio mucho lucimiento al matador, que cumplió con habilidad pero discretamente. Durante el arrastre, la gente comenzó a abandonar el coso, y el tipo bigotudo se dedicó a seguir a la pareja con la tenacidad de una fiera de presa. Los dos personajes no parecían tener probabilidad alguna de escapar a su atenta mirada.

Y, por otra parte, no tenían intención alguna de despistar a nadie. Simplemente, mezclados con los miles de espectadores, abandonaron la plaza, salieron a la gran explanada de aparcamiento y regresaron al coche en el cual habían llegado a El Paso, México cruzando la divisoria de El Paso Yankee por uno de los puentes.

El regreso fue igual de simple. Todo era simplísimo, natural, lógico.

En el control norteamericano, el hombre se limitó a mostrar su tarjeta del FBI, y eso fue todo. Al tipo de los bigotes se lo tomaron más en serio. Con aquella camisa de colores, los bigotazos y el sombrero de paja, su apariencia era por completo la de un mexicano que quería entrar en Estados Unidos. Pero enseñó una tarjeta idéntica a la que había mostrado Monty Coleman, y también eso fue todo.

Luego, ya en El Paso Yankee, casi de noche entonces, se quitó la camisa de colorines y se puso una blanca y una corbata; por último, una chaqueta. Lo último que hizo fue quitarse la barba y los bigotazos, así como las gafas de sol. De este modo, quedó

fácilmente reconocible como Nathan Ward.

Escondió su ingenuo pero práctico disfraz bajo el asiento del coche y continuó tras el que manejaba Monty Coleman, aprovechando siempre cada semáforo para ir dando los toques oportunos a la recuperación de su personalidad.

Veinte minutos más tarde, quedó demostrado que Boyd Benton había tenido razón. Louise Colbys y Monty Coleman iban a El Paso, México, veían la corrida y regresaban. Y eso era todo. Habían entrado con el coche en el garaje del moderno y lujoso edificio número 1235 de Piedras Street, donde la mujer tenía su apartamento. Salieron enseguida, a pie, entraron en el gran vestíbulo adornado con plantas y desde su coche, Nathan Ward los vio tomar el ascensor, gracias a que las puertas del edificio eran todo cristal.

Eso era todo.

Nathan Ward estuvo pensativo unos segundos, fruncido el ceño, preocupada la expresión. Aquello parecía no tener objeto y, sin embargo, no todo parecía completamente normal... No, por lo menos, en un hombre como Monty Coleman.

Descolgó el auricular del radioteléfono se puso en comunicación con Harold Leonard, que aguardaba la llamada en su despacho.

—Nathan, señor.

—Hola, Nathan... ¿Cómo ha ido eso?

—Normal... Bueno, a mí me ha parecido normal, pero con cierto cariz... digamos raro.

—¿Raro?

—No sé... Sí, demonios... Se supone que cuando se asiste a un espectáculo es porque ese espectáculo nos gusta, ¿no?

—Se supone. ¿Por qué?

—Yo diría que a Monty le interesaba la corrida lo mismo que a mí las semillas de calabaza.

—Ya... ¿Y a ella?

—Psé. Le gustaba, supongo. Pero se dedicaba preferentemente a Monty. Ella es muy... cariñosa. Y muy bonita, señor. En mi opinión parece que los dos están a gusto juntos. Si no fuese por lo del tal Owen Langdon y sus antecedentes, casi me parecería oportuno dejar el caso. O, por lo menos, debería parecernos oportuno dejarlo, ya que esa chica y Monty tienen todo el aspecto de un par de

enamorados corrientes. Pero no lo son.

—¿Qué te hace tener esa seguridad?

—Monty ha sido siempre un muchacho abierto, franco... Si estuviese enamorado de un bombón así, algo me habría dicho, ya que hace quince días, por lo menos, que va con Louise Colbys; por lo menos, le habría dicho algo a Alice, supongo.

—Entiendo que, en el fondo, hay algo que no te gusta, Nat.

—Exacto, señor. Concretamente, estas tres cosas: una, que Monty no nos haya hablado a Alice ni a mí de Louise Colbys; dos, que Louise Colbys haya tenido brevísimas entrevistas con Owen Langdon; tres, que Monty no haya comparecido a los dos requerimientos para examen físico.

—De acuerdo en todo eso, Nat. Ah, oye: tenemos aquí un par de fotografías de Owen Langdon, que no te mostré esta mañana...

—Vaya por Dios... Creo que yo era quien más ofuscado estaba. ¿Cómo es ese Langdon?

—Pues... muy atractivo.

—Oh.

—Seis pies, atlético. Ojos castaños, frente despejada, mentón parecido al tuyo, pómulos altos, nariz recta, boca más bien carnosa, cabellos cobrizos, ondulados... ¿Quieres que te envíe las fotos?

—Pasaré a recogerlas cuando haya dejado a Monty en su casa.

—Eso tardará mucho, Nat.

—¿Tardará mucho? No creo... Ellos ya han subido al apartamento de ella, de modo que no creo que Monty tarde mucho en salir...

—Es posible que tengas que esperar toda la noche, Mat.

Ward quedó silencioso unos segundos.

—¿Toda la noche? —musitó luego—. ¡Eso no me lo dijo Boyd!

—Boyd seguía mis instrucciones. Te dijimos lo estrictamente necesario para que tuvieses facilidad de movimientos. Pero queríamos que tú utilizases tu propia; máquina calculadora.

—Pues mi «máquina calculadora» está calculando ahora que si Monty pasa la noche en el apartamento de Louise Colbys quiere decir que la cosa va muy en serio entre ellos..., aunque no demasiado legal.

—Exacto.

—Pues ahora me gusta menos que antes este asunto. Y no por

puritanismo, jefe.

—Te entiendo, te entiendo... Te voy a enviar a Boyd con las fotos de Owen Langdon. ¿Te parece bien?

—Sí, señor. ¿Puedo contar con Boyd como compañero en esto?

—Atiende, Nathan: te he dejado intervenir en lo de Monty por consideración tanto a ti como al propio Monty. Sé que pronto seréis cuñados, aparte de ser ya excelentes amigos. Pero lo cierto es que el caso ha sido de Boyd desde el principio. Ahora bien, tú tienes la palabra: puedes quedártelo para ti solo o aceptar a Boyd como compañero. Por supuesto, en cuanto yo lo considere oportuno la dirección del asunto pasará exclusivamente a mi poder y a mis decisiones.

—Comprendo. Está bien: quiero a Boyd conmigo en esto. De momento, que venga con esas fotos. Supongo que se ha dedicado a vigilar a Owen Langdon durante el día de hoy, mientras yo seguía a Monty.

—Naturalmente. Ahora sale Boyd para allá. Ya os arreglaréis los dos.

—Seguro que sí. Adiós.

—Adiós.

Nathan colgó, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hacia la entrada del edificio en el cual tenía Louise Colbys su apartamento.

Decididamente, no le gustaba el asunto. Una cosa era investigar a un hombre que solicitaba ingreso en el FBI y otra cosa muy distinta y desagradable investigar a un hombre que ya pertenecía al FBI, como ocurría con Monty Coleman. Y todo habría sido mucho más fácil si Monty no hubiese mostrado aquella ilógica indisciplina de someterse a la rutina y aceptar el examen físico. Precisamente de ahí partían todos los temores...

Pero no.

No iba a ser cierto lo que Harold Leonard, Boyd Benton y el propio Nathan Ward estaban temiendo.

—Claro que no —susurró Nathan, queriendo convencerse a sí mismo.

Miró hacia las ventanas y terrazas del edificio. Sentía deseos de subir e investigar más de cerca, pero si se presentaba sin el bigotazo y los lentes, Monty lo reconocería al instante, tan sólo con verle la

punta de la nariz. Y, por supuesto, si entraba en aquel edificio con el disfraz mexicano, llamaría la atención más que si entrase a caballo. Bien estaba aquello en la plaza de toros, pero no allí.

—Demonios —masculló—. Me gustaría saber qué están haciendo, y si es cierto que Monty va a pasar la noche ahí...

CAPÍTULO II

Monty Coleman estaba echando un par de *rocks* en el gran vaso donde se había servido una buena ración de *whisky*. Se hallaba en el *living* del apartamento, en el rincón donde estaba situado el bar, junto a la salida a la terraza. La puerta-ventanas de ésta aparecían abiertas, y se veían algunos testers grandes, rectangulares, con plantas y flores. Habían alzado la persiana graduable, y así aprovechaban mejor el escasísimo aire fresco de la noche estival.

El apartamento tenía cuatro dormitorios, dos cuartos de baño y una cocina enorme, aparte del fantástico *living* decorado con motivos marinos, que sugerían brisa fresca. Si algo faltaba allí no era precisamente una cosa que pudiese adquirirse con dinero.

Monty Coleman se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y subido las mangas de la camisa. Los zapatos habían sido lanzados a un rincón. Y así, descalzo y lo más fresco posible por el momento, salió a la terraza con el vaso de *whisky* con hielo en una mano y un cigarrillo en la otra. Echó un vistazo a la calle. Desde un octavo piso, la perspectiva es diminuta y agradable, desaparecen los detalles feos. Había muchas estrellas en el cielo, y la luna llena estaba ya recorriendo su camino hacia el centro del cielo...

El agente del FBI creía oír todavía los aullidos de la multitud en la plaza de toros de El Paso, México cada vez que el astado animal parecía ir a lanzar al matador a lo alto; y los rugidos de placer cuando el trapo rojo engañaba al animal y lo obligaba a pasar de largo, manchando las ropas del hombre de sangre que las banderillas le habían producido...

—¿Monty?

Se volvió velozmente.

Bien.

Allá estaba Louise. Una vez más. Una vez más, ella aparecía ante él con aquella naturalidad, con aquella dulce sonrisa que contenía un millón de promesas... que luego se convertían en realidad.

Louise se había quitado el vestido. Hacía demasiado calor, eso era indiscutiblemente cierto. Era mucho más práctico desvestirse y ponerse únicamente una ligera bata transparente y vaporosa...

Coleman se pasó la lengua por los labios. Era obvio que Louise no tenía intención de ocultar nada, pero, de todos modos, de nada le habría servido un intento de tal naturaleza llevando aquella bata.

—¿No te duchas? —susurró el *g-man*.

—¿Tendrás paciencia para esperar? —sonrió ella.

El suspiró profundamente.

—¿Pero lo tienes aquí?

—Claro, mi amor... ¿Alguna vez te he fallado?

—No... Claro que no, Louise...

Ella salió a la terraza, se abrazó suavemente a él y le besó con lentitud pero profundamente en los labios.

—Enseguida... estaré lista, amor...

Monty Coleman tuvo que carraspear para conseguir la voz:

—Está bien.

Ella se separó, muy despacio, mirando intensamente los ojos del federal. Quizá había un destello de hiriente burla en el fondo de sus bonitos ojos oscuros; pero Monty Coleman no parecía notar eso. La miraba con contenida avidez, y, al mismo tiempo parecía no prestar una completa atención a los encantos sugestivos y cálidos de la bella muchacha.

La estuvo mirando, viéndola a trasluz, hasta que ella entró en el cuarto de baño grande. Luego, Coleman miró el vaso de *whisky* que tenía en la mano, y ésta se crispó con tanta fuerza que pareció a punto de reventarlo.

Regresó al interior del *living*, dejó el vaso sobre el pequeño mostrador curvado del bar y fue hacia un sillón. Se sentó allí y miró la hora en su reloj.

Las nueve y veinte.

¿Cómo había podido soportar hasta aquella hora? Realmente, se podía pensar que era capaz de prescindir de aquello. Por lo menos, eso pensó Coleman en aquel momento. Sí. ¿Por qué no? El podía

muy bien prescindir de aquello. Tenía todavía la voluntad suficiente para hacerlo...

¿O no la tenía ya?

¿Había caído ya demasiado bajo?

De todos modos, estaba convencido de que aún poseía sobre sí mismo el suficiente control para poder decir «basta» en cualquier momento. Sólo que... ¿porqué decir «basta»? ¿Por qué decir «basta» y perder todo aquello que estaba disfrutando?

No.

Decididamente, no estaba bien aquello. Lo sabía con toda seguridad, con absoluta certeza. Había dos líneas mentales que chocaban con duro antagonismo en el cerebro de Monty Coleman. Una de ellas le decía que estaba arruinando toda su vida. La otra, decía, que sólo hay una vida, y que si ésta ofrece algo, hay que tomarlo. Y esta última línea mental añadía que él, Coleman, no perjudicaba a nadie con lo que estaba haciendo. Si acaso, a sí mismo... Y eso era cuenta suya.

Pero estaba lo del contrabando. Eso sí perjudicaba a muchas personas.

¿O no?

¿Acaso no era cierto que de un modo u otro aquel contrabando se realizaría, con o sin la ayuda de Monty Coleman? ¿Por qué tenía que perder él «todo aquello» por querer evitar algo que no se podía evitar?

Era como querer contener un río. Un río caudaloso... El Río Grande mismo, por ejemplo. Se podían oponer a su paso unos cuantos diques. Cientos de diques. Pero finalmente, el agua acumulada sería tanta que acabaría por desbordar todos los diques. De un modo u otro, por uno u otro camino o cauce, las aguas seguirán deslizándose hacia el mar. No importaban las dificultades, ni el tiempo que tardasen, aquellas aguas acabarían por llegar al mar.

Igual ocurre con las drogas. Se pone un dique a una entrada, a un río de drogas, y éstas quedan contenidas. Pero acaban por desbordar el dique, o buscan otro cauce... y llegan hasta el mar, hasta el consumidor.

¿Por qué tenía que ser él parte de aquel dique inútil que, a fin de cuentas, siempre es salvado o evitado? ¿Valía la pena ser ese

ridículo dique a cambio de perder todo lo que tenía entonces?

Se miró las manos. Ya comenzaban a temblarle... Quizá había llegado demasiado lejos. Desde luego, no toda la culpa era suya, no...

El cigarrillo, de pronto, le supo a paja podrida. Sentía ya el sudor en el cuello, en la nuca... Comenzaba a dolerle la cabeza, llegaban los escalofríos, la angustia...

Se puso en pie y tiró el cigarrillo a un lado, sin importarle el lugar adonde iba a parar. Fue hacia el cuarto de baño, abrió la puerta y entró.

—Louise...

Ella estaba bajo la ducha. Había recogido sus cabellos en un gorrito impermeable rojo con florecillas azules, y parecía feliz y satisfecha de la vida bajo el haz de chorritos de agua fresca. Estaba de espaldas a él, pero ni siquiera el rumor del agua impidió que lo oyese. Se volvió de cara a él, sin dejar de ducharse, y lo miró con una sonrisa interrogante.

—¿Tardarás mucho aún?

Ella alzó la cara y toda el agua cayó allí, con fuerza. No dejaba de sonreír, pero Monty Coleman se irritó.

—¡Te he preguntado si tardarás mucho todavía!

Louise continuaba sonriendo. Había cerrado los ojos y el agua parecía ensordecirla ahora. La irritación de Monty Coleman aumentó hasta el extremo de que se acercó más a ella y la empujó con tal rudeza que casi la tiró de espaldas en la bañera de un manotazo. El agua cayó entonces libremente sobre la loza, y la muchacha, en difícil postura, sosteniéndose con ambas manos en los bordes de la bañera, miraba fijamente a Coleman.

Éste se mordió los labios.

—Perdona... —susurró—. Estoy nervioso... Te ayudaré.

Se inclinó para ayudarla a ponerse equilibradamente en pie, y entonces el agua cayó en la espalda del

gun-man

, quien no le concedió la menor importancia. Acabó de colocar bien a Louise, e insistió:

—¿Te falta mucho?

—Cinco minutos nada más, amor.

El la miró de arriba abajo.

—Ya..., ya estás limpia... y fresca, Louise.

—Lo sé. Pero me gusta el agua. ¿Es que ni siquiera puedes esperarme cinco minutos?

—Está bien... Sí, te esperaré, claro...

Se sentó en el taburete del cuarto de baño, mirándola fijamente. Louise continuaba gozando del agua, y de cuando en cuando, quizá por casualidad, salpicaba a Monty Coleman, que se limitaba a parpadear.

Miró su reloj.

—Ya..., ya han pasado los cinco minutos.

Ella dejó que el agua cayese por su espalda, y así pudo mirarlo con cierta amable ironía.

—Me estás engañando, Monty.

—Bien... Sólo han pasado tres... ¿No crees que ya tienes bastante agua?

—Faltan dos minutos. ¿Por qué esa prisa ahora? Antes has sido tú mismo quien me ha dicho que me duchase...

—Es cierto...

—¿No vas a poder esperar dos minutos?

—Claro..., claro que sí.

Ella hizo un mohín de mimito.

—Así me gusta —aprobó.

Monty empezaba a sentirse realmente mal. A cada segundo aumentaban los estremecimientos, las palpitaciones, las náuseas... La cabeza le dolía más y más...

De nuevo se miró las manos, extendiéndolas ante él, y se asustó viéndolas temblar tanto.

Miró de nuevo a Louise, y otra vez el reloj.

—Louise... Ya han pasado los cinco minutos... De verdad.

—Enseguida acabo, amor.

Continuó bajo el agua todavía un par de minutos hasta que Coleman se levantó de un salto y, metiéndose de nuevo bajo el agua, agarró a la muchacha por la garganta con una sola mano, violentamente. La miró con ojos que empezaban a desorbitarse.

—¡Louise, quiero que acabes de ducharte! ¿Me oyes? ¡Quiero que salgas de aquí ahora mismo! —jadeó roncamente—. ¡Te lo suplico en bien de los dos!

—Monty..., me estás... estran... gulando...

—¡Dámelo ya!

—Está... bien. Déjame salir de la bañera...

El

g-man

la ayudó, y ella quedó sobre el mosaico, chorreante, mirándolo con reproche.

—Monty: no me amas...

—Te amo... Louise, te amo con toda mi alma, lo sabes... Pero también sabes lo que quiero ahora... Perdóname si te he asustado. Perdóname...

—Alcánzame la toalla.

—Sí, sí...

Se la dio, y ella comenzó a secarse, lentamente, sin dejar de mirarlo. Parecía un sabio estudiando una rara especie desconocida.

—¡Ya estás seca!

—¿Me alcanzas la *neglige*?

Monty la descolgó de la percha de mármol rosa y se la tiró rabiosamente.

—¡Acabemos ya, Louise!

Salió del cuarto de baño y mantuvo la puerta abierta, esperando a la muchacha. Ella salió muy despacio, anudándose los lacitos sobre los senos.

—¿Me sirves un *whisky*, amor?

—¡No! ¡Ahora no!

—Por favor, Monty...

—Está bien... ¡Está bien, está bien, está bien...!

Louise se dejó caer en un sillón con un suspiro de niña satisfecha, mirando a Coleman, que estaba derramando buena parte del *whisky* en su intento de servirle un trago rápidamente a ella. Lo consiguió al fin, y se volvió con el vaso salpicando licor hacia todos lados en su temblorosa mano.

—Aquí tienes...

—Con hielo, por favor, Monty, querido...

Coleman se mordió los labios, y de nuevo pareció que su mano fuese a reventar el vaso. Sacó la bandeja de los cubitos de hielo del congelador, la depositó sobre el mostrador, y descargó un puñetazo en plano sobre ella, abollándola, aplastando las finas laminillas de separación y haciendo saltar los *rocks* hacia todos lados. Recogió

dos, los echó en el vaso, y fue hacia donde estaba Louise.

—Gracias, amor... ¿No quieres sentarte a mi lado?

Ella se apartó en el amplio sillón, de modo que Monty tenía espacio para sentarse con ella, si no cómodamente, sí al menos con una proximidad que, en circunstancias normales, en modo alguno debía resultar desagradable.

—Escucha, Louise...

—Es un segundo. Mientras tomo un sorbito de *whisky*, Monty...

El se sentó, ella estuvo mirándole unos segundos, y, por fin, mimosamente, tomó una mano de él y se la colocó en la espalda, de modo que abarcase su cintura; con la otra mano, acabó de colocársela convenientemente, de modo que él la abrazase.

—Por favor, Louise...

Ella bebió un sorbito nada más, y su expresión maliciosa, de dueña de la situación, cambió. Miró de nuevo a Monty Coleman con reproche.

—Monty —musitó—: has estado muy brutal conmigo. Si ya no me amas, dílo y todo terminará...

—¡Te amo! —Casi gritó el

g-man

—. Pero yo he cumplido ya mi parte esta tarde, Louise. Ahora te toca a ti...

—¿Alguna vez no he cumplido mi parte, mi vida?

—No... No, no... La has cumplido siempre, es cierto. ¡Pero es que ya no puedo resistir más!

—Está bien: te lo daré.

Coleman se puso rápidamente en pie y se quedó mirándola, anhelante. Louise se levantó, caminó hacia el bar, dejó el vaso y se dirigió luego a su dormitorio. Coleman quedó en el *living* paseando agitadamente de un lado a otro.

Tras dos minutos más de espera, se precipitó en el dormitorio, desorbitados ya los ojos, temblando su barbilla, y lanzó un rugido cuando vio a Louise ante el espejo, arreglándose el cabello.

—¡Louise!

—Ahí lo tienes, amor. Tú ya sabes hacerlo, ¿no?

Monty Coleman se abalanzó sobre la jeringuilla llena que había sobre la cama. La clavó rudamente en su antebrazo y apretó el émbolo.

La morfina penetró en su sangre, en su cuerpo.

Y el agente del FBI se dejó caer en la cama, suspirando profundamente, cerrados los ojos. Louise le miraba con una sonrisa cruel que él ya no podía ver, a través del espejo, mientras continuaba retocando su peinado.

—Felices sueños, querido —musitó, perversa la expresión.

Salió del dormitorio, fue de nuevo al bar, recuperó su vaso de *whisky on the rocks*, y se sentó en el sofá, saboreando lentamente el licor, pensativa.

Pero no estuvo mucho rato sola, porque Monty Coleman también reapareció tres o cuatro minutos después en el *living*, completamente cambiado, despejado. Sus hombros volvían a dar sensación de vigor, de potencia, de seguridad. Su mirada era viva, rápida... Las pupilas parecían haber empequeñecido un poco, empero.

El

g-man

fue hacia donde había dejado su chaqueta, tomó un cigarrillo del paquete que tenía en aquélla, y lo encendió. Miró a Louise unos segundos antes de acercarse y sentarse a su lado, en el sofá.

—Creo que he sido un poco brusco contigo, Louise.

—Demasiado, amor.

—Lo siento.

Louise Colbys volvía a ser la muñequita mimosa y dulce que Monty Coleman amaba.

—No te preocupes... —sonrió amorosamente ella—. Comprendo que te sentías mal.

—Muy mal.

—Monty...

—¿Sí, amor?

Ella dejó el vaso y le pasó los brazos por el cuello.

—¿No crees que deberías dejar la morfina?

—Eeemm... Sí. Sí, la voy a dejar, Louise.

—Si te parece, no pediré más.

—¡Eso no! Tienes que pedirla... Quiero que tengas morfina aquí. Quizá..., quizá sólo consiga dejarla a base de ir reduciendo la dosis...

—Ocurre, Monty, que por ahora la vas aumentando, no

reduciendo.

—Sí... Ya sé.

—Yo..., yo me siento culpable, Monty.

—¿Culpable tú? Bueno, en parte quizá lo seas... De todos modos, supongo que lo hiciste por mi bien, Louise.

—Te aseguro que cuando te inyecté la primera dosis sólo pretendía ayudarte. Y al mismo tiempo me ayudabas a mí misma, al consumir la que tenía en previsión de recaída.

—No hablemos más de esto... ¿Te parece? Las cosas han sucedido así, y ya está.

Louise entreabrió sus labios, jugosos, frescos...

—¿De qué te parece que hablemos, amor? —suspiró.

Monty Coleman la abrazó entonces a ella, con fuerza, y la besó en los labios. Luego, se puso en pie, tirando de una mano de ella, poniéndola también en pie. Le pasó un brazo por los hombros y volvió a besarla.

Hacia las dos de la madrugada, Louise Colbys salió del dormitorio, directa hacia el teléfono del *living*. Lo descolgó, marcó un número, y sonrió cuando al otro lado contestaron inmediatamente.

—¿Eres tú? —preguntó.

—Hola, Louise. ¿Todo bien?

—Normal, como siempre.

—Estupendo.

—¿Recogisteis la mercancía?

—Toda. Esta idea tuvo que ocurrírseme antes, ¿no crees?

—Seguro que sí, Owen.

—¿Cómo te va con Coleman?

—¡Bien! —rió Louise—. Es un hombre muy agradable... La verdad es que mi sacrificio no es exagerado, Owen.

Owen Langdon rió.

—Me alegro... Pero no vayas a encariñarte con ese federal, Louise.

—No hay cuidado. Si no me encariñé contigo cuando nos conocimos, menos va a ocurrirme con Monty Coleman.

—Así está bien. No olvides que Coleman se... «gastará», tarde o temprano. Llegará un momento en que no podrá ocultar su morfinomanía, y entonces ya no nos resultará útil, pues en el FBI lo

notarían enseguida. Ya es asombroso que hasta el momento no se hayan dado cuenta de lo que ocurre con uno de sus agentes... ¿Has notado algo sospechoso, Louise?

—En absoluto. Monty cumple su tarea diaria en el FBI con toda normalidad. Luego, se las arregla para poder ir a los toros las tardes de corrida. Y nosotros hacemos el negocio.

—¿Qué opina él de esto?

—No lo sé muy bien. Unas veces parece bastante pesados, pero en general me ayuda de buena gana.

—Lo tienes bien atrapado, ¿eh?

—Está loco por mí. Creo que sin este detalle, lo de la morfina no serviría de gran cosa con hombres como él...

—Montañas más grandes han sido taladas, Louise. Al fin y al cabo, un agente del FBI no es más que un hombre.

—Buena filosofía. Dime una cosa: ¿cuánto tiempo más va a durar esto en El Paso?

—Durará hasta que Monty Coleman ya no pueda más.

—¿Y entonces...?

—Habrá que matarlo, claro está.

—¡Si lo han visto conmigo...!

—No te preocupes. No importa eso, Louise. Sabes que hago las cosas a la perfección, ahora. Es posible que a ti te hiciesen unas cuantas preguntas, pero nada más. Aunque te investigasen, nada conseguirían, tú lo sabes.

—Está bien. Ve pensando en algún lugar nuevo, porque me temo que Monty está empezando a «gastarse».

—¿Te gustaría ir a Miami?

—¡Me encantaría!

—De acuerdo —volvió a reír Langdon—. Estoy ya buscando el modo de meternos allá. Pero ten paciencia. De momento, aquí estamos muy bien, y el negocio no puede ir mejor. Ah, oye: pasado mañana hay otra corrida. Todo está listo para entonces. Supongo que no permitirás que Coleman nos falle.

—Cuenta con él... —rió ahora Louise—. Y nada más, Owen. Me voy a dormir.

—¿Qué hace Coleman?

—Duerme ya. Yo también tengo derecho, ¿no?

—Que descanses. Y no olvides que pasado mañana hay que

volver a El Paso, México.

—No lo olvidaré. Adiós, Owen.

—Adiós, preciosa.

Louise colgó el auricular y regresó al dormitorio.

Estuvo mirando a Monty Coleman, que dormía pesadamente, y una sonrisa mordaz se formó en los bonitos labios de la mujer.

—Felices, sueños, querido...

Se acostó y apagó la luz de la mesita.

* * *

Nathan Ward miró una vez más su reloj. Boyd Benton, sentado a su lado en el coche, dijo:

—Te advertí que pasaría aquí la noche.

—Sólo son las dos y cuarto... —musitó Nathan—. Quizá todavía salga, algo más tarde.

Benton movió negativamente la cabeza.

—No saldrá, Nat. Por lo menos, hasta las siete de la mañana. Entonces, se dirige a su casa, se cambia, y se va hacia la Delegación, fresco y pimpante como si hubiese dormido veinte horas.

—Está loco... ¿Cómo no habrá comprendido ya que esa clase de vida tenía que llamar forzosamente la atención del Servicio?

—Es un buen agente. Y, en realidad, no me parece un atentado contra el Departamento de Justicia tener una amiguita.

—¿Lo dices en serio?

—No... —Gruñó Boyd Benton—. No lo digo en serio. ¡Maldita sea, Monty debe estar loco de verdad! Si le gusta la chica, que se case con ella y en paz. No está llevando la clase de vida que corresponde a un agente del FBI. Y él tiene que saber por fuerza que esas cosas se descubren tarde o temprano.

—Seguramente habríamos tardado mucho más a no ser por esas negativas tuyas a comparecer en el examen físico... ¿Qué opinas tú de esto, Boyd?

—Tú eres su mejor amigo, serás su cuñado, lo conoces mucho mejor que yo... ¿Qué opinas tú, Nat?

—Yo pregunté antes.

—Está bien. Opino que teme el examen médico, eso es todo.

—¿Por qué motivos, según tú?

—No sé... ¡Pero ojalá no sean drogas! Maldita sea, yo no estoy acostumbrado a esto, Nat.

—¿A qué?

—A vigilar a un compañero como si fuese un delincuente.

—Ya pensé yo eso antes. Es desagradable, desde luego... Pero tenemos que hacerlo.

—Ya lo sé... Vaya, después de esto, si hago algo que no esté bien ya sabré que te tendré detrás de mis zapatos.

—O yo te tendré a ti si me desmando —sonrió Nathan.

—Por otra parte, no vamos a solicitar de la policía que nos vigile a un compañero. Por desagradable que sea tenemos que hacerlo nosotros.

—Lo contrario sería muy gracioso... Está bien, Boyd: vete a dormir unas horas.

—¿Y tú?

—Me aseguraré por mí mismo de que Monty pasa ahí la noche.

—Si sólo es eso, vas a perder unas hermosas horas de sueño, Nat.

—No importa. Te llamaré a la Delegación a las nueve en punto. Para entonces, espero que le hayas pasado al jefe lo que te parezca importante de lo que hemos hablado aquí.

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Hasta luego —corrigió Nathan—. Hoy ya es mañana.

Benton refunfuñó algo, se apeó, y se alejó.

Monty Coleman miró una vez más hacia la casa. No tenía sueño, pero sabía que no podía confiar demasiado en su resistencia; era fácil dormirse.

Encendió un cigarrillo más y se dispuso a permanecer con los ojos bien abiertos durante el resto de la noche. Quizá la perdiese, quizá no.

Lo único cierto era que aquélla era su profesión, y que ni mucho menos sería la primera noche que pasaría despierto, fumando cigarrillos y fijos los ojos en su objetivo.

O aprender esto, o dejar de ser un agente del FBI. ¡Y la elección era tan sencilla!

CAPÍTULO III

A las seis cuarenta y siete minutos de la mañana, Monty Coleman salió del edificio número 1235 de Piedras Street, tomó un taxi y se fue a su casa de Alabama Avenue, donde vivía con su hermana.

Nathan Ward lo estuvo mirando hasta que entró en la casita. Luego, se fue a su apartamento, se duchó, tomó tres cafés y media docena de tostadas con mantequilla y mermelada, se puso camisa limpia y otro traje, salió de su apartamento, y a las ocho treinta y cinco entraba en la Delegación del FBI. Se dirigió directamente al despacho contiguo al de Harold Leonard, entró y saludó a estilo romano a Boyd Benton, que tenía los ojos hinchados y cara de mal humor.

—Ave, Boyd.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—Nada de particular. El jefe ha querido que esperase aquí tu llamada. Mejor que hayas venido. Odio el teléfono... ¿Qué pasó esta noche?

—Lo que tú dijiste. ¿Ha venido ya Monty?

—Ha venido y ha salido ya, diligente como nunca... Se las ha arreglado para tener libre la tarde de mañana. Claro: el jefe le ha dado todas las facilidades.

—Entiendo... ¿Qué pasa en la tarde de mañana?

—Habrà corrida en El Paso, México.

—Otra vez, ¿eh? Estupendo. ¿Está solo el jefe?

—Sí. Pero él nos llamará.

—Muy bien.

Nathan se sentó.

Harold Leonard abrió la puerta que comunicaba con su despacho

a las nueve en punto. Los miró, sonrió, y movió la cabeza hacia el interior de su despacho. Los dos agentes se levantaron, entraron, y se volvieron hacia su jefe.

—Buenos días, jefe.

—Hola. Mala noche, ¿eh, Nat?

—Hay un montón al año como ésas. ¿Qué hay de Monty?

—Salió a trabajar.

—¿Sobre qué asunto?

—Rutinas. Lo quiero muy libre y suelto. ¿Te dijo ya Boyd...?

—Hay corrida mañana. Lo sé.

—Bien. Sentaos.

Se sentaron los tres. Leonard los miraba con cierta ironía. Le encantaba ver ante él a dos hombres eficientes y seguros que eran capaces de sentirse molestos por tener que vigilar a un compañero. La sensibilidad era una cosa que agradaba a Leonard.

—Cuéntamelo todo ahora, de palabra, Nat. De principio a fin. Desde que saliste de aquí ayer por la mañana hasta este mismo momento.

—Sí, señor.

Nathan Ward proporcionó un informe verbal completo hasta el más mínimo detalle, al cual se sumó Boyd Benton sobre el mismo asunto y sobre su actividad vigilante sobre Owen Langdon. Cuando ambos hubieron terminado, Leonard estuvo pensativo casi un minuto.

Por fin, alzó la cabeza y miró a Nathan.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Mañana por la tarde, Boyd y yo nos iremos a los toros.

—La clave está ahí, desde luego —musitó Leonard—. ¿Qué calculas tú que puede ser, Nat?

—No sé exactamente... Lo único que me pregunto es si podemos aceptar como casualidad que una mujer como Louise Colbys tenga esa clase de relaciones con Monty.

—Concreta, Nat, concreta.

—Quiero decir que quizá lo que esa mujer quiere no es un hombre atractivo, sino una placa del FBI.

Harold Leonard sonrió astutamente.

—Correcto, Nat. Pero ¿para qué quiere la placa? ¿Para pasar con más facilidad a El Paso, México a presenciar corridas de toros tras

corridas? Eso no es ningún problema para nadie...

—Pero es que nosotros sabemos que no va simplemente a ver los toros, jefe.

—Lo sospechamos... —recalcó Leonard—. Bien: distribuiros el trabajo los dos.

—Es fácil. Boyd se encargará nuevamente de Owen Langdon, y yo me daré unas vueltas por Piedra Street. Quiero entrar en el apartamento de Louise Colbys.

—Cuidado con eso, Nat —susurró Leonard.

—No tema. Yo sería un perfecto ladrón si no fuese ya un agente del FBI. Nadie me verá, ni me oirá, ni sabrá que he estado allí. Sólo tengo que esperar a que la Colbys salga a dar una vuelta, o a almorzar.

—Ve con cuidado... ¿Y respecto a Monty?

—Opino que lo que él haga hoy no nos importará. Sólo nos importa en cuanto pasa a México.

—De acuerdo. Si necesitáis algo, llamad. ¿Cuál será la periodicidad de vuestras llamadas de informe?

—Yo, tres horas —gruñó Boyd—. Estoy seguro de que no conseguiré nada vigilando a Owen Langdon. ¿Para qué usar tanto el teléfono entonces?

—Bien —asintió Leonard—. ¿Y tú, Nat?

—Llamaré cada hora. Si más adelante decido cambiar el período, le avisaré, señor.

—Okay. A trabajar.

—Hasta luego, señor.

—Adiós.

Los dos agentes salieron de la Delegación en menos de un minuto. Cada uno de ellos tomó un coche, se saludaron, y partieron hacia sus respectivos cometidos.

A las diez menos tres minutos, el coche de Nathan Ward se detenía junto en el lugar que había abandonado tres horas y diez minutos antes.

A las doce y cuarto, jersey negro sin mangas y escote en punta, falda amarilla, pañuelito en los cabellos, perfumada y fresca como una flor, Louise Colbys aparecía en la calle, balanceando sus finas caderas con tanta gracia y ritmo que no se la podía censurar que ella demostrase que sabía que era bonita. Entró en el garaje y salió

un par de minutos después manejando el coche con el que la tarde anterior ella y Monty Coleman habían pasado a El Paso, México.

Nathan pensó en lo conveniente que habría resultado tener allá a otro compañero que se encargase de seguir a Louise Colbys, pero, realmente, estaba convencido de que nada se conseguiría por ese lado. A menos que ella fuese a una de aquellas breves entrevistas con Owen Langdon, en cuyo caso Boyd lo sabría y los vigilaría a los dos.

A las doce y veinte, Nathan Ward se apeaba de su coche.

Y a las doce y treinta, como el más perfecto ladrón, estaba en el interior del apartamento de Louise Colbys, cerrando cuidadosamente la puerta tras él. Muy bien: lo había conseguido. Sólo se trataba ahora de hacer las cosas bien, con delicadeza y seguridad. Las puerta-ventanas de la terraza estaban abiertas, pero la persiana graduable estaba echada y cerrada casi completamente. Tiró del cordoncito hasta que tuvo suficiente luz natural, y entonces se dedicó a un minucioso examen de todo cuanto estaba a la vista.

A la una y treinta, estaba ya convencido de que aquel apartamento era eso: un apartamento. Y nada más. Allí, desde luego, no se escondía nada, ni se traficaba con nada, ni había la menor señal que pudiese sugerir nada especial. Un bonito apartamento para una hermosa muchacha. Y ya está.

No poco decepcionado, pero convencido ya de que si algo especial había allí debía estar entre las cosas íntimas de Louise Colbys, Nathan entró de nuevo en el único dormitorio que se utilizaba en el apartamento, y se quedó mirando especulativamente el armario. Y en el momento en que lo abría, echando la puerta corrediza a un lado, oía abrirse también la puerta del apartamento.

Sin vacilar un instante, sin el menor ruido, entró en el armario empotrado, colocó la hoja corrediza en su sitio y sacó la pistola... Quince segundos después comenzó a maldecir mentalmente la inoportunidad de la asistente de Louise Colbys, que durante veinte minutos se dedicó a poner las cosas en orden, limpiar lo que ni siquiera estaba sucio, y a cantar lo último de The Animals.

A la una cincuenta y uno, la puerta del apartamento se cerraba de nuevo, y Nathan salía del armario con un pésimo humor que le hacía ver las cosas de color negro.

Pero exactamente a la una cincuenta y siete mejoró su humor...

y se sintió deprimido, casi asustado. Había encontrado una jeringuilla, escondida en uno de los cajones-gaveta del armario, entre unos deliciosos pantaloncitos con no menos deliciosas puntillas.

La aguja era pequeña, muy fina, y la cabida de la jeringuilla podría ser la de un cigarrillo corriente. Nathan la sostenía por la aguja, con todo cuidado, mirándola con toda atención.

¿Y bien?

¿Una simple aguja hipodérmica era suficiente para sentirse tan deprimido?

De buena gana se la habría llevado. En los laboratorios habrían hecho milagros con aquella jeringuilla. Pero de momento no convenía dar a conocer a Louise Colbys... o a Monty Coleman que el FBI estaba entrando de lleno en sus intimidades, con el derecho que le confería la simple y pasiva resistencia de uno de sus hombres ante el examen físico.

Y... ¿acaso no estaba claro?

¿Qué era lo que temía Monty Coleman, sino que se descubriese que sus condiciones físicas no eran las normales?

Nathan Ward no quiso pensar más. Dejó la jeringuilla donde la había encontrado, se aseguró de que todo quedaba igual y abandonó el apartamento.

Ojalá se equivocase. Ojalá Monty Coleman tuviese luego una sorprendente y satisfactoria respuesta que dar a todo aquello... Pero, de un modo u otro, él iría aquella noche a visitar a Alice... y a Monty. De cuando en cuando se suponía que Monty debía descansar, cenar en su casa y pasar la noche allí.

¿Por qué Alice no le habría mencionado que Monty pasaba algunas noches fuera de casa?

—Soy un estúpido —masculló, ya en su coche—: Precisamente, si hay un hombre con buenos pretextos para pasar la noche fuera de casa, ese hombre es un agente del FBI...

Seguro.

Aquella noche visitaría a los Coleman... Lo cual, ciertamente, no le parecía desagradable.

Alice abrió mucho los ojos, primero. Luego, se echó en los brazos de Nathan, dando grititos de alegría.

—¡Oh, Nat, por fin...!

Ward la besó en los labios, y luego la apartó un poco, pero manteniéndola abrazada por la cintura.

—Sólo hace unas... treinta horas que no nos vemos, pequeña.

—¡Treinta horas! ¡Treinta siglos querrás decir!

Riendo, los dos entraron en la casa, abrazados por la cintura.

Monty estaba sentado en un sillón, junto a la lámpara de pie, leyendo un periódico. Alzó la cabeza y sonrió burlonamente.

—Sólo podías ser tú —aseguró—. Cuando mi hermana da esos grititos histéricos, es que ha llegado Nathaniel Ward.

—¿Qué tal, Monty? —Le palmeó Nathan en un hombro—. ¿Cómo va esa perra vida de federal?

—Rutina.

—¿Rutina? Hace cuatro días que no te veo. Incluso ayer mismo, Alice y yo nos disponíamos a marcharnos al Gran Cañón, casarnos, y hacértelo saber cuando fuese posible.

—¡Hey! ¡No podéis hacer eso! —rió Monty.

—Ya lo creo que sí podemos —rió también Nathan—. Demonios, le arranqué al jefe cinco días de vacaciones, al fin, y...

—Pero estáis los dos aquí —cortó Monty—. ¿Qué pasó, Nat?

—Ya conoces al jefe. Me llamó y me dijo que tenía que hacer cierta cosilla.

—¿Terminaste ya? ¿Quiere eso decir que mañana te largas con mi hermana al Gran Cañón?

—No terminé aún. Pero en cuanto termine, tanto si estás presente como ausente, Alice y yo nos largamos a Arizona a casarnos... ¡Estás avisado!

Rieron los tres.

—Nathan: ¿te quedas a cenar? —preguntó anhelante Alice.

—Según lo que haya.

Era la frase clave.

—¡Oh, qué bien...! —Alice era feliz a lo grande—. ¡Creo que prepararé el pastel que...!

—Eso, porque has llegado tú —cortó de nuevo Monty—: a mí creo que pensaba ponerme cacahuetes para la cena. ¿Quieres beber algo, Nat?

—Aprovecharemos que no nos ve el FBI —guiñó Ward un ojo—. No te muevas. Me sirvo yo mismo, Monty.

—Muy bien.

—Si estás leyendo algo que te interesa, tranquilo: iré a fisgonear en la cocina.

—No, no... Es lo mismo de siempre. ¿Tienes libre la noche?

Nathan señaló el teléfono.

—Si no suena ese maldito artefacto, sí. ¿Por qué? ¿Puedo ayudarte en algo?

Monty Coleman le miró fijamente, con atención.

—¿Ayudarme? ¿En qué?

Nathan se estaba ya sirviendo *whisky* con soda del modesto mueble-bar. Cumplió su medida y se sentó en un sillón, delante de su compañero.

—Demonios, no sé... Lo has preguntado como si fueses a pedirme que segase la hierba de tu jardín. Si es para eso, no cuentes conmigo.

Monty sonrió.

—Fue una simple pregunta. Dan una película policíaca esta noche en el canal tres. ¿La vemos?

—La veremos. ¡Resultan divertidísimas!

Se echaron a reír los dos. Alice llamó a Nathan, desde la cocina, y el *g-man*

le guiñó un ojo a Monty y se fue para allá, con el vaso de *whisky* en la mano.

—Nat.

Ward se volvió y se quedó mirando atentamente a Monty.

—¿Qué hay?

Monty Coleman se pasó la lengua por los labios. También él mismo miraba fijamente a Nathan Ward; pero éste captó la ligera vacilación, el cambio de tono en la voz.

—Eee... Bien: ¿por qué no os casáis aquí?

—Lo haremos si ése es tu gusto, Monty. A Alice y a mí nos encantará tu presencia y tu intervención en la boda... siempre y cuando no la retrase. Bastante nos ha fastidiado ya el jefe... ¿Era eso lo que querías?

—Eee... Sí. Sí, claro, era eso.

Coleman se dedicó de pronto a reanudar la lectura, pero Ward no se movió. Continuó mirándolo atentamente.

—Monty.

—¿Sí?

—¿Te ocurre algo? ¿Estás en algún apuro?

—¿Por qué preguntas semejantes tonterías?

—De acuerdo. Iré a ver qué quiere Alice.

—Bien.

Alice sólo quería que Nathan la besase mientras preparaba la cena. Era un deseo contra el cual Nathan Ward no encontró nada que oponer, pero el pastel de manzana estuvo a punto de quemarse.

Poco después, los tres cenaban alegremente. Hacía calor, y Alice estaba deliciosa con aquella batita ligera. Monty y Nathan quedaron en mangas de camisa.

Y a Nathan le sentó fatal el pastel de manzana cuando, tras varias miradas disimuladas, consiguió ver bien el antebrazo de Monty Coleman y los pinchazos diminutos que había en él. Pinchazos tan pequeños que hacía falta tener vista de lince y conocimientos del asunto para saber a qué atenerse.

Después de la cena, Monty puso en marcha el televisor, y Nathan fue a la cocina con Alice, para ayudarla a dejarlo todo en orden y continuar besándola.

—¿Te ocurre algo, Nat?

—Nada, Alice.

—No me engañes... Quiero la verdad, Nathan.

—No me ocurre nada, de veras. Acabemos pronto. Van a dar una policíaca en el canal tres, según dice Monty.

Alice le estuvo mirando con tal profundidad que el *g-man*

casi se puso nervioso. Pero ella demostró su discreción no insistiendo más sobre el asunto. Sabía que algo estaba ocurriendo, pero esperaba a que Nathan le dijese el qué.

La película policíaca, salvo algunos fallos de orden técnico en las investigaciones, resultó entretenida, interesante, con lo que los dos federales se llevaron un ligero chasco.

—¿Tardarás mucho en terminar ese trabajo, Nat?

—No lo sé. Pero intentaré que todo quede arreglado lo más pronto posible. Por si acaso, no deshagas la maleta.

—¿Cuándo volverás a...?

—Te llamaré o vendré cuando pueda, como siempre. Adiós, Alice.

—Adiós, Nat...

* * *

Harold Leonard abrió la puerta de su casa en pijama, fruncido el ceño, pero su expresión cambió por completo al ver ante él a Nathan Ward.

—Nat... ¿Qué ocurre?

—Monty es morfinómano, señor.

Leonard palideció.

—Pasa.

—Perdone que le moleste a estas horas y en su casa, jefe, pero no podía esperar a mañana.

—Yo te entiendo, Nat. Pasa, muchacho.

—Gracias...

Fueron a la biblioteca. Harold Leonard tenía una bonita casa, amplia y bien atendida por su esposa, madre de tres hijos, el mayor de doce años. Todos* estaban durmiendo, era evidente. Y no menos evidente que Leonard se disponía a hacer lo mismo.

Nathan se sentó, abatido, en un sillón viejo y confortable, y se quedó mirando a su jefe.

—¿De modo —musitó Leonard— que ha sido cierto lo que temíamos?

—Jamás pensé eso de Monty, señor.

—Ni yo. No esto, al menos. Pero sí algo raro respecto a sus condiciones físicas. ¿Qué puede estar pensando él? Sabe que tarde o temprano tendrá que someterse a examen médico... y que descubrirán la verdad.

—Estuvo a punto de decirme algo esta noche, pero lo pensó... peor, y no lo dijo.

Leonard también se sentó.

—Nat, esto es muy grave. Tienes que estar seguro de lo que dices. No podemos acusar a un agente del FBI de consumir drogas si no tenemos la certeza absoluta de...

—Ya le dije por teléfono lo de la jeringuilla. Pues bien: Monty

tiene señales en su brazo. Pupilas contraídas, vacilaciones en la expresión... ¡Soy un maldito cochino que tuvo que darse cuenta antes de todo esto...!

—Cálmate... Cálmate, Nat. No tienes nada de qué culparte.

—¡No es posible que Monty haya llegado a eso! ¡Me pregunto cómo pudo ni siquiera empezar! ¡Es absurdo! Atienda, señor: conozco bien a Monty, es un hombre sereno, inteligente... Usted sabe que tuvo una puntuación óptima en su instrucción... ¡No es posible que haya decidido drogarse! ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Por el amor de Dios, ni siquiera habiéndome convencido por mí mismo puedo creer eso de Monty!

—Es mejor que te calmes, Nat. Vamos a tratar de ayudar a Monty... en lo posible. Y para eso conviene que estemos serenos y tranquilos.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Bueno, bueno... ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

—Puedo... relevarte del asunto, sí quieres.

—¡Relevarme! ¿Por qué? ¿Qué se propone usted ahora?

Harold Leonard sonrió comprensivamente.

—Me propongo evitarte algunos malos ratos.

El agente se mordió los labios.

—Perdone. Creo..., creo que estoy demasiado... excitado.

—Es natural. ¿Sigues con el asunto?

—Sí, señor. Hasta el final.

—Muy bien. Ahora quiero decirte algo: si mañana, de regreso aquí después de ver la corrida en El Paso, México, no se ha encontrado nada interesante, tendremos que llamar a Monty Coleman a mi despacho.

—¿Detenido?

—Oh, vamos, Nat... Ésa es una palabra... extraña. Simplemente, el agente Montgomery Coleman será... requerido para aclaraciones respecto a su negativa a someterse al examen físico.

—Entiendo... ¿Tendré que estar yo presente, señor?

—Si sigues en esto, sí, desde luego.

—Seguiré. ¿Sabemos algo más de Owen Langdon?

—Nada más, después de que Boyd le viese reunirse anos segundos con Louise Colbys.

—Pudo darle él la droga a la Colbys, y ella a Monty...

—Ni tuvo tiempo ni oportunidad. Lo que fuese que se dijeron fue brevísimo. Calculo que quizá solamente el lugar donde ella podía ir a recoger más morfina... para Monty.

—Tuvo que ser eso... Pero ¿por qué no decirlo por teléfono?

—Hum... Owen Langdon tiene sus motivos, supongo. Quizá desconfíe del teléfono. O quizá, por algún medio, haya podido él entregarle a la Colbys la morfina, personalmente. Seguro que no debe tener muchas personas de confianza.

—Esos dos tienen la culpa... ¡Estoy seguro de que han sido ellos quienes le han hecho eso a Monty!

—¿Cómo crees que han podido hacerlo?

—No lo sé... ¡No lo sé, pero lo juraría! ¡Y si han sido ellos, yo les...!

—Calma, calma... Ve a descansar esta noche, Nat. También envié a Boyd a dormir. Dos agentes estarán vigilando a la Colbys y a Langdon hasta las nueve de la mañana. Tú y Boyd acudid mañana a las ocho a mi despacho. De allí, iréis a relevar a los otros dos agentes; Y a ver qué pasa esta vez cuando Monty y la Colbys vayan a México.

—¿A Monty no lo vigila nadie, señor? —musitó Nathan.

—No. Por el momento, no es necesario. Nat, esto es muy lamentable... Y, como comprenderás, interesa que lo sepan el menor número posible de personas.

—Sí, señor, claro...

—Te espero mañana a las ocho en mi despacho —sonrió Leonard—. ¿Estás, más tranquilo?

—Sí, señor. Lamento haberlo sacado de la cama.

—Otro día te sacaré yo a ti. Es más: ya te fastidié ayer, al interrumpir tu viaje de luna de miel. ¿Nos vamos a dormir?

—Pues buenas noches.

Nathan se puso en pie cuando lo hizo su jefe. Estrechó la mano de éste y se alejó de allí con la desagradable sensación de que la vida es un asco.

Y lo peor del caso era que aquella noche estaba seguro de que no podría dormir, pensando en lo que podía llegar a ocurrir si a la tarde siguiente él y Boyd no sacaban nada en claro de aquellos viajes de Monti y la Colbys a El Paso, México.

Porqué, indudablemente, los toros era lo que menos importaba a Monty Coleman. Y, sin duda, tampoco importaban gran cosa a Louise Colbys.

Bien.

Hasta la tarde siguiente.

CAPÍTULO IV

El coche color crema de Louise Colbys se detuvo en el aparcamiento junto a la plaza de toros, y la muchacha y Monty Coleman se apearon enseguida, dirigiéndose hacia las taquillas.

Casi en el acto, a distancia discreta, se detenía el coche en el que viajaban Nathan Ward y Boyd Benton.

—Ya los tenemos otra vez ahí —suspiró Benton—. Te juro, Nat, que no entiendo a Monty. ¿Qué hacemos?

—Pues... me parece absurdo que vayamos los dos juntos a vigilarlos. Ve tú, con cuidado. Yo me quedaré aquí mismo.

—¿Vas a quedarte en el coche?

—A mí me parece una buena idea, Boyd.

Benton encogió los hombros.

—Pues si te parece una buena idea, no hay más que hablar. Si ocurre algo nuevo, te avisaré.

—Bien. No los pierdas de vista.

—Es inútil. ¿No lo viste por ti mismo? Entran ahí, ven la corrida y regresan. No hay la menor dificultad en seguirlos ni en vigilarlos... Es como..., como si estuvieses cazando elefantes y no los vieses porque un elefante te tapa la visibilidad, interponiéndose entre el rebaño de elefantes y tú.

—No está mal la comparación. Bueno, ve a buscar tu entrada... Ya sabes dónde se colocan, ¿no?

—Lo sé mejor que tú. He venido aquí ya cinco veces... Casi empieza a gustarme ver matar toros.

Se apeó del coche y fue hacia la misma taquilla en la que Monty Coleman y Louise Colbys habían obtenido sus billetes. Obtuvo el suyo y desapareció plaza adentro, mezclado con los cientos de personas que acudían a ver «matar toros».

Los cristales de las ventanillas del coche estaban bajados, y Nathan podía oír el rumor apasionado de la multitud. De nuevo las camisas de colorines, los gritos, los sombreros de paja picudos mezclados con los de copa plana. Había un estruendo de voces, gritos y claxons, y el local parecía dar a todo un color amarillo naranja. La multitud es siempre solamente una multitud, pero aquélla parecía diferente de la que acudía a presenciar partidos de base-ball...

Un montón de chiquillos se apelotonaba ante uno de los accesos a la plaza. Un gran coche negro se había detenido allí, y el rugido de los chiquillos atrajo la atención del

g-man,

que vio a uno de los matadores descender del coche y entrar en la plaza, rodeado de los muchachos hasta la misma entrada.

Un vendedor de viseras rojas lanzaba un extraño grito de oferta, agudo, chillón, que parecía terminar en un «carcajiao»; de cuando en cuando escupía fuertemente y volvía a gritar... Todo era como un zumbido insoportable, como un latido ensordecedor de vitalidad.

Pero, poco a poco, todo aquel intenso rumor fue pasando al interior de la plaza. Luego, el silencio, el comienzo de la fiesta, los gritos de entusiasmo...

Afuera, solamente unos chiquillos, quizá los mismos que habían estado esperando para ver a su héroe fuera de la plaza, pues no debían tener los pesos suficientes para pagarse la más barata de las entradas.

Una gran ovación, silbidos, aplausos... Había sido muerto el primer toro de la tarde.

Nathan se aflojó más la corbata y encendió un cigarrillo. Tenía la extraña sensación de estar perdiendo lastimosamente el tiempo mientras algo se estaba escapando de sus manos; algo que ya tenía en ellas, pero que escapaba a pesar de estar él atento al juego... Era una sensación molesta, más que extraña...

Entonces vio al hombre. No es que le llamase la atención de modo especial. Simplemente lo vio y lo miró, como miraba o había mirado a cientos de personas más.

Pero muy pronto el hombre llamó su atención de modo especial. Lo vio acercarse al coche de Louise Colbys, y, sin la menor vacilación, meterse dentro. Nathan quedó atónito, al principio.

Luego, se dijo que aquel tipo se estaba confundiendo de coche.

¿O no?

Lo cierto fue que, con equivocación o sin equivocación, el hombre puso el coche en marcha, alejándose de la plaza de toros.

—Demonios...

Por supuesto, la portezuela del coche había tenido que quedar abierta. Eso, en primer lugar. Luego, no cabía la menor duda de que la llave del contacto había quedado colocada en su sitio... Total: no se podían dar más facilidades a un ladrón de coches.

¿Ladrón de coches?

¿Un ladrón tan hábil y con una vista tan excelente que sabía perfectamente a qué coche dirigirse para robarlo, ya que tenía las máximas facilidades? Había entrado en él con absoluta seguridad, sin vacilaciones, lo había puesto en marcha, y ahora se alejaba. Eso era todo.

Nathan Ward notaba sus pensamientos en plena actividad. Allí tenía un detalle en el que no habían pensado: un tipo que se llevaba el coche. Y... ¿era la primera vez que lo hacía, acaso? ¿Podían asegurarlo? Habían vigilado con absoluta dedicación a Monty y a la Colbys, pero tanto él como Boyd habían dejado de vigilar el coche durante todo el tiempo que duraba la corrida. Esto es, unas dos horas.

¡Dos horas!

Por el cielo: ¿cómo habían podido ser tan estúpidos Boyd y él? En dos horas había tiempo más que suficiente para realizar cualquier actividad ilegal con aquel coche... ¿Cuál actividad?

Nathan puso su coche en marcha cuando ya el de Louise Colbys estaba llegando a Santa Fe. Aceleró y lo alcanzó a ver doblando hacia la izquierda. A partir de entonces, lo siguió. El hombre que conducía el coche de Louise Colbys no parecía tener la menor prisa. Lo que fuese que tuviese que hacer no debía ser cosa de mucho tiempo.

Pero algo era. Nathan se convenció cuando el coche, tras recorrer buena parte de la Avenida del 16 de Setiembre bajó, de pronto, y tomó la de Guerrero, en sentido contrario a la marcha anterior, teniendo en cuenta que 16 de Setiembre y Guerrero son paralelas. Luego, el coche pasó por Stanton, Juárez, Guadalupe... Invirtió no menos de media hora en dar unas pocas vueltas más

antes de tomar decididamente hacia el sur. Pasaron por delante de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe, siguieron Guadalupe abajo...

Nathan miró su reloj. Si sus cálculos no fallaban, el cuarto toro debía estar ya muerto y a punto de salir el quinto. Eso ajustaba mucho el margen de tiempo para que aquel hombre hiciese algo interesante con el coche de Louise Colbys. Por supuesto, no lo había tomado para pasearse, eso era seguro.

Casi habían llegado a Juárez, al sur de El Paso, México, cuando el coche, de pronto, se desvió hacia un caserón viejo y polvoriento sito en la callejuela que estaban atravesando. Nathan detuvo su coche y se quedó mirando al vetusto edificio de madera y un solo piso. Era un garaje que parecía poco menos que abandonado, y en su entrada mostraba el hueco negro de la rampa descendente. Estaba en el número 79 del Callejón de las Ánimas.

—¡Por todos los demonios...!

Tras unos segundos de reflexión, se dijo que no sería mala idea investigar un poco aquel lugar. Dio marcha atrás al coche, lo dejó en el cruce anterior y se apeó, dispuesto a acercarse con la debida cautela al lugar.

Pero en aquel mismo momento el coche de Louise Colbys salía del garaje, conducido por el mismo hombre, y se disponía a salir del callejón por la misma punta utilizada para entrar.

Nathan estaba seguro de que el hombre había tenido el tiempo justo de entrar y salir. Simplemente, eso. Y se sentía cada vez más confuso.

Se metió de nuevo en el coche, dejó pasar al otro y de nuevo emprendió la persecución discreta y prudente. Ahora, el hombre que manejaba el coche de la Colbys no perdió el tiempo dando vueltas. Se dirigió directamente a la plaza de toros, tomando enseguida Guadalupe y luego Santa Fe.

Por fin, llegó al lugar donde había estado antes el coche, lo estacionó allí, se apeó y se alejó con las manos en los bolsillos y un cigarrillo en los labios.

Bueno.

Nathan se rascó la cabeza.

—Vaya...

Estuvo tentado de seguir al hombre, dejando el coche allí para

que Boyd pudiese utilizarlo, pero comprendió que la parte que podía interesarle de las actividades de aquel tipo ya la había visto. Lo que haría a partir de ahora va no debía interesarle a nadie.

Se apeó, se acercó al coche de Louise Colbys, y le echó un vistazo. El mismo coche, la misma matrícula, el mismo tapizado... Ni un solo paquete o señal de... de cualquier cosa rara. Regresó a su coche, encendió un cigarrillo y se quedó mirando con expresión perpleja, parpadeando con frecuencia, el vehículo al cual habían dado tan inesperado paseo...

Poco a poco, la expresión de perplejidad fue desapareciendo en el rostro de Nathan Ward. Dejó de parpadear. Los ojos parecieron abrirse un poco más, fija la mirada en el coche de la Colbys. Lo que fuese, Nathan creía haberlo comprendido al fin.

Tiró el cigarrillo, abrió la portezuela, dispuesto a correr hacia el otro coche... y una ovación que estremeció la plaza pareció volverlo en sí. Miró su reloj. A menos que las cosas hubiesen ido muy mal, acababa de morir el último toro. Eso quería decir que en un instante miles de personas rebosarían de la plaza... Y entre ellas, Louise y Monty.

Mala suerte. Refunfuñando, regresó al interior del coche. Si no fuese aquél el último toro...

Lo era. Cientos de personas salían ya de la plaza, Comentando con excitación las faenas de los matadores, vociferando, gesticulando... Nathan se hundió en el asiento cuando vio a Monty y a la Colbys aparecer junto al coche de ésta y subir a él. Casi al instante, Boyd Benton se sentaba a su lado.

—Sin novedad. Es decir, a un muchacho de éstos el toro lo ha lanzado como diez pies por encima de su cabeza. Menos mal que el golpetazo ha sido con la testuz, porque si llega a ser con un cuerno le hace un boquete como mi brazo... ¿Sabes que la corrida no ha estado mal hoy? Empieza a gustarme esto, Nat.

—Lástima que ya no podrás volver... Quiero decir que si quieres volver ya no pagará el Tío Sam, sino tu bolsillo.

Boyd se le quedó mirando expectante.

—¿Ha pasado algo aquí fuera?

—Tú y yo somos unos estúpidos, Boyd. Hemos estado perdiendo el tiempo... hasta ahora.

—¿Qué ha pasado?

—Vino un tipo, se llevó el coche de la Colbys, le dio un paseo, entró en un garaje, salió, lo trajo de nuevo aquí... y se largó tan ricamente otra vez.

Boyd Benton quedó boquiabierto. Luego, miró hacia el cuche de Louise, que ya se alejaba, y de nuevo a Nathan.

—¿Crees que han colocado algo en el coche?

Ward se lanzó en seguimiento del otro vehículo.

—No tuvieron tiempo de colocar ni una cerilla, Boyd.

—No entiendo... ¿Qué crees que han estado haciendo, entonces? Naturalmente, lo que hayan hecho hoy es seguro que lo han hecho los demás días... ¿Qué crees que han hecho, Nat?

—El cambiao.

—¿Han cambiado el coche?

—Lo juraría.

—Mmmm... Bueno, no quiero contradecirte, pero creo que el que va delante de nosotros tiene la misma matrícula, la misma marca, el mismo color...

—Es idéntico. —Nathan miró irónicamente a Benton—. ¿Y qué?

—Maldita sea... ¿Es posible que nos la hayan estado pegando tan fácilmente?

—Pronto lo sabremos. De momento, conviene no perder de vista a Monty y a la chica.

—Oye: ¿y el tipo que vino a por el coche?

—Se fue. No olvides que era súbdito mexicano... y que estamos en México. De todos modos, sé dónde buscarlo: en el número 79 del Callejón de las Ánimas, ya cerca de Juárez. Pero ya verás cómo lo más interesante, por el momento, vamos a encontrarlo en el coche de la Colbys.

—¿Piensas actuar directamente, por fin?

—No todavía, Boyd. No nos interesa. Tan sólo vamos a esperar que ella deje el coche en el garaje..., y entonces tú y yo haremos una revisión a ese coche. Aunque... Supongamos que acierto. Supongamos que están pasando algo en ese coche duplicado: alguien tiene que recoger lo que sea, ¿no te parece?

—Claro. ¿Los esperaremos?

—No es mala idea.

CAPÍTULO V

Monty Coleman y Louise Colbys salieron del garaje subterráneo del edificio 1235 de Piedras Street, a pie, y Nathan Ward y Boyd Benton se miraron.

—La historia se repite —comentó Benton—. Se repite una vez más... Sólo que en esta ocasión creemos saber algo nuevo. ¿Qué hacemos, Nat?

—Por supuesto, en primer lugar esperar unos minutos para asegurarnos que ellos llegan al apartamento de la Colbys.

—¿Te parece que uno de nosotros se quede aquí, por si saliesen de nuevo?

Nathan sonrió secamente.

—Conocemos ya ese aspecto de la cuestión: Monty no saldrá hasta mañana temprano... Y quizá seamos necesarios los dos ahí dentro.

—Muy bien.

Cada uno de ellos miró por la ventanilla correspondiente hacia la fachada del edificio. Los dos sabían ya cuál era la terraza de Louise Colbys. Cuando vieron encenderse la luz allí, volvieron a mirarse, Boyd con un gesto interrogante, alzadas las cejas.

Nathan asintió con la cabeza.

—Ahora, Boyd.

Se apearon cada uno por su lado y se dirigieron, por separado, hacia la entrada del garaje. En menos de diez minutos sería ya noche cerrada.

Nathan entró el primero en el garaje. Se colocó a un lado de la rampa, y fue bajando lentamente, tocando con el codo la pistola que llevaba en la axila izquierda. Sin volver la cabeza, sabía que Boyd Benton le seguía a pocos pasos, tan vigilante y atento como él

a cualquier posible dificultad.

Hacia la izquierda, una vez en el primer piso subterráneo del garaje estaba el lavado de coches. Tres o cuatro hombres estaban bañando en espuma un imponente «Cadillac». Más allá, un aparatoso «Chrysler» de casi quince pies de largo parecía un extraño esqueleto de acero y alambres. Se oían golpes, el fuerte siseo del agua, voces, ruidos de motores en prueba...

El coche de Louise Colbys no estaba en el primer piso. Lo vieron en el segundo, en un rincón. Se podía adivinar perfectamente que para colocarlo allí habían tenido que maniobrar lo bastante para poder definir aquel lugar como el más interesante para alguien.

Desde luego, si no era el mismo coche, era su hermano gemelo, empezando por el número de la matrícula.

Nathan se volvió hacia Boyd y le hizo una seña para que esperase donde estaba. Luego, continuó hacia el coche de la Colbys, pero no directamente, sino dando un rodeo. Se acercó lo bastante para poder verlo a sus anchas, pero sin que pareciese que estaba pendiente de él.

Al fondo de la gran nave, última del garaje, había unas cristalerías tras las cuales algunos hombres y un par de chicas resolvían las cuestiones de oficina. Una de las chicas miró a Nathan y le sonrió maliciosamente. Nathan le guiñó un ojo y eso fue todo. Nadie le haría demasiado caso allí dentro.

Se dedicó a dar vueltas alrededor de un coche, examinándolo y pasando un plumero por algunos puntos. Se podía pensar con buena lógica que era el propietario de aquel coche y que se disponía a salir. Como a treinta yardas, Boyd parecía enfrascado en la perfecta colocación de un espejo retrovisor exterior.

No tuvieron que esperar mucho.

Casi simultáneamente, un mecánico del garaje se acercó al coche de la Colbys, y tres hombres aparecieron por la puerta de la rampa, caminando descuidadamente, indiferentes a todo, según parecía. Uno de éstos fue hacia un enorme «Pontiac», y los otros dos se encaminaron hacia donde el mecánico, que estaba abriendo ya la portezuela posterior del coche de la Colbys.

Nathan miró a Boyd y encontró la mirada de éste fija en él. No le hizo ninguna seña. Continuó limpiando el polvo, y Boyd comprendió.

El mecánico se había metido ya en el interior del coche, y Nathan le vio alzando el asiento posterior, mirando por entre los cristales de varios coches; veía el hombre como roto en pedazos mal encajados luego. Sacó cuatro paquetes de tamaño de un balón de *rugby*, y los entregó a uno de los dos hombres que se habían acercado a él, y que se dirigió inmediatamente hacia el «Pontiac» con dos paquetes en cada brazo. Lo hacían bien, buscando no ser vistos desde las oficinas del garaje y con la naturalidad que podía engañar a dos hombres que no fuesen del FBI.

Sólo que los dos «ingenuos» que estaban limpiando y retocando dos coches, sí eran agentes del FBI.

Nathan miró a Boyd y le señaló con la barbilla al hombre que, con los dos paquetes, se dirigía hacia el «Pontiac» a cuyo volante ya había un hombre. Boyd asintió con la cabeza y comenzó a caminar hacia allí, mientras Nathan lo hacía hacia el coche de Louise Colbys.

Lo vieron llegar, y el mecánico se apresuró a colocar el asiento trasero en su sitio; el otro parecía el más despreocupado de los mortales, mirando con total indiferencia al g-man.

Ni siquiera se alteró cuando Nathan se detuvo ante él, sonriendo duramente.

Pero sí palideció cuando Nathan dijo:

—FBI: veamos qué están haciendo ustedes.

Colocó su credencial brevemente bajo la nariz del hombre, mostrándola en su mano izquierda.

—Usted —miró Nathan al mecánico—, salga de ahí.

El mecánico se mordió los labios. Estaba asustado. Miró al otro, como esperando su consejo. Pero el otro estaba mirando de reojo hacia el «Pontiac» y, por supuesto, comprendía ya que el hombre que estaba interpelando a su compañero cargado de paquetes, pertenecía a la misma camada que Nathan Ward.

Fue el otro hombre cargado de paquetes quien definió la situación.

Su reacción ante la presentación de Boyd Benton no fue tan pasiva como la de los dos hombres que se había quedado Nathan para sí. Apenas Boyd le mostró su credencial, le tiró los paquetes a la cara y le golpeó en el estómago.

Nathan vio esto fugazmente, porque comprendió que aquel

hombre había cumplido misión de mecha, y que una vez encendida ya no podía esperarse otra cosa que la explosión.

En efecto.

El hombre al que él había interpelado reaccionó casi simultáneamente con su compañero, intentando golpearlo a él en el rostro. Nathan se limitó a desviarle la mano con su antebrazo izquierdo, y a golpearlo con tal violencia en el estómago que el hombre pareció saltar, hacia atrás, encogido, angustiado.

El mecánico empezaba a salir del coche, con una llave inglesa en una mano y los ojos desorbitados; estaba tan asustado que, sin duda, resultaba el más peligroso de los cuatro.

Nathan resolvió de momento la situación dando un puntapié a la portezuela, que se cerró con fuerza hasta encontrar la mano del hombre. La llave inglesa saltó, crujieron los huesos de la mano y el hombre lanzó un aullido de dolor y cayó hacia el interior del coche.

El otro se había recuperado rápidamente, y estaba llevando la mano derecha al sobaco izquierdo. Un gesto por demás explícito, que no necesitaba aclaración de ninguna clase para Nathan Ward.

Pudo ser él quien primero disparase, pero había aprendido ya tiempo atrás que un cadáver sólo sirve para ser enterrado. De modo que saltó hacia el hombre, le apretó la mano contra el pecho y le hizo papilla la nariz de un directo que resonó con seco chasquido en aquella parte del garaje.

Mientras continuaba sujetando la mano derecha de su antagonista, con la izquierda continuó golpeando a éste, ahora en el estómago de nuevo.

El hombre alzó una rodilla, a la desesperada, y Nathan notó el profundo dolor en el bajo vientre. Tuvo que soltar la mano derecha de su enemigo, que aprovechó para golpearle con ella, de revés, en la boca, tirándolo contra el coche.

Mientras tropezaba de espaldas en el vehículo, Nathan entrevió la pelea de Boyd con los otros dos; el que se había colocado antes al volante del «Pontiac» se había apeado y parecía dispuesto a ayudar al de los paquetes a apalea a Boyd Benton.

Allá ellos.

El menos inteligente, según parecía, era el que acababa de golpear a Nathan: no acababa de comprender muy bien que disparar contra un agente del FBI se podía catalogar como la

tontería número uno de un delincuente. Insistía en sacar su pistola...

Nathan se echó hacia adelante, dio una voltereta ante los pies del tipo que quería sacar la pistola y todo lo que supo éste fue que, de algún modo, las piernas del federal acababan de encajar en su cuello y que tras un corto vuelo estaba volando en picado, con una pantorrilla del

g-man

en cada oreja.

La cabeza del hombre resonó sonoramente contra el duro pavimento...

Y eso fue todo.

Nathan se puso en pie de un salto y regresó hacia el coche de la Colbys; el mecánico había saltado al asiento delantero y estaba intentando ponerlo en marcha antes de que Nathan llegase allí.

No lo consiguió.

Nathan metió el puño derecho por la ventanilla, alcanzando al hombre detrás de una oreja y enviándolo hacia la otra punta del asiento.

Se metió en el coche, tras el mecánico, que sacudía la cabeza y tendía hacia él una mano crispada. La apartó, y colocó el puño derecho en la punta de la barbilla del mecánico, que puso los ojos en blanco y se relajó.

Salió del coche, de espaldas, dispuesto a correr en ayuda de Boyd. Cuando se volvió, casi sonrió al contemplar la escena. Tal como había calculado, no era precisamente Boyd quien necesitaba ayuda.

Su compañero tenía al tipo de los primeros paquetes como clavado al «Pontiac» a fuerza de puñetazos. Y el tipo estaba haciendo lo peor para su integridad física: no cala. Le hubiese resultado mucho mejor tener tan poca resistencia como su compañero, que yacía de bruces en el suelo, junto a los pies de los que todavía pataleaban.

Boyd Benton pareció pensar que su enemigo no caía precisamente porque el coche no se lo permitía, de modo que lo agarró por las solapas, le dio la vuelta y le golpeó en el estómago una vez más, siempre manteniéndolo sujeto con la otra mano. Boyd pegaba con ganas, pero, de pronto, dejó de hacerlo.

Soltó a su contrario y gritó:

—¡Nat, al suelo...!

Nathan Ward vaciló quizá una décima de segundo. Dobló las rodillas y cayó así en el mismo lugar que esa décima de segundo antes ocupaban sus pies. Vio a Boyd desentenderse de su enemigo y sacar la pistola, y se volvió hacia donde estaba mirando Boyd con expresión crispada, justo en el momento en que la bala salía de la pistola del hombre al que había hecho aterrizar de cabeza; pero, por lo visto, la cabeza de aquel hombre era muy dura, y sus intenciones hacia Nathan realmente malas.

Afortunadamente para Nathan, el aviso de Boyd había llegado a tiempo, y la bala disparada pasó por encima de él. También Boyd disparó a tiempo, porque el tipo de la pistola no parecía de los que se resignan al primer fallo, y quería insistir...

El balazo de Boyd le alcanzó en el centro del pecho y pareció sacudirlo como si pesase solamente una libra. El hombre lanzó un grito profundo y ronco, que se cortó bruscamente cuando, tras el giro hacia atrás que le obligó a dar la bala, dio nuevamente de cara contra el suelo.

Casi al mismo tiempo, el hombre que tanta resistencia había mostrado a los puñetazos de Boyd, golpeaba a éste con la cabeza en los riñones, de lado, derribándolo junto a las ruedas del «Pontiac».

Inmediatamente, se metió en el coche, y Boyd tuvo el tiempo justo de rodar hacia un lado, evitando los neumáticos cuando el «Pontiac» saltó con potente rugido hacia la salida de la rampa...

Nathan ya no se resistió más a usar su pistola. La sacó con la rapidez que caracterizaba a los g-men

y disparó sin apuntar, del único modo que sabe hacerlo un tirador experimentado. La bala dio en un neumático delantero, y el «Pontiac», tras zigzaguear cuatro o cinco veces con fuerte rechinar de neumáticos, se estrelló contra otro coche, de morro.

Boyd corría va hacia allí, cubierta por la pistola de Nathan. Éste le vio abrir la portezuela, meter un brazo dentro y sacar de un tirón al hombre que había intentado escapar; se dispuso a golpearlo, pero en aquel momento el hombre, lleno el rostro de sangre, dobló las rodillas, ladeó la cabeza y escapó de la mano de Boyd Benton hacia el suelo.

Fin.

Fin de la pelea, se entiende. Casi enseguida, los asustados empleados de las oficinas del garaje comenzaron asomar las cabezas por detrás de los cristales y algunos mecánicos iniciaron un tímido acercamiento. Nadie bajaba del primer piso, señal de que los ruidos allá arriba habían impedido que los estampidos de los disparos fuesen oídos.

Nathan estaba examinado al hombre que había querido matarlo. El balazo disparado por Boyd había sido por demás contundente, pero el hombre, por el momento, no estaba muerto.

Boyd se acercó arrastrando a los dos que le habían correspondido, llevando a cada uno por un pie.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No. ¿Y el del choque?

—Qué va... Se ha abierto la cabeza, pero está tan vivo como nosotros.

—Ve a llamar por teléfono al jefe. Puedes hacerlo desde esa oficina. Que no se acerque nadie aquí, Boyd. Interroga al jefe de esa oficina, o al dueño del garaje, cualquiera que sea que esté al mando de esto.

—Bien.

Nathan reunió a los cuatro hombres en el suelo y se dedicó a registrarlos. Excepto el mecánico, los demás estaban armados, si bien, excepto uno, habían sido lo bastante listos para no sacar las armas contra el FBI. El que lo había hecho, aparte de tener ahora una bala en el pecho, lo pasaría muy mal en cuanto se recuperase..., si es que se recuperaba.

Se llamaban Larry Gillis, Bob Turner y Joe Sutton. El mecánico no llevaba ninguna identificación en el buzo, lo cual no era extraño en modo alguno. Debía tenerla en su ropa de calle, en los vestuarios.

Recogió los cuatro paquetes, que yacían desparramados por el suelo, y los llevó al coche de Louise Colbys. Los tiró dentro, al piso, y entró él en el asiento trasero. Lo alzó y metió los cuatro paquetes en el hueco. En total, había diez. Abrió uno, y se quedó mirando hoscamente los manojos de cigarrillos. En total, en cada paquete, debía haber no menos de quinientos cigarrillos.

No necesitaba ni siquiera pensar para saber a qué atenerse con

aquella mercancía.

Boyd regresó entonces y entró también en el coche, con dificultades. Los dos quedaron arrodillados ante el asiento abierto.

—El jefe dice que no quiere armar ruido, Nat. Quiere que le llevemos allá a los cuatro tipos... y que tú subas por Monty... Vaya: marihuana, ¿eh?

—Cigarrillos de marihuana —asintió sordamente Nathan—. ¿Tengo que ser yo quien vaya a por Monty?

—¿Quieres que suba yo a buscarlo a él y a Louise Colbys?

Nathan se mordió los labios.

—No. Iré yo.

—El mecánico se llama Butch Dayer. Hace como dos meses que empezó a trabajar aquí.

—¿Recomendado por alguien?

—No.

—Lo prepararon todo muy bien, ¿no crees? Un agente del FBI, un edificio con garaje, dos coches idénticos... Ahora estoy seguro de eso, ya que el hombre que paseó con el coche de la Colbys por El Paso, México no tuvo tiempo de detenerse ni un segundo... El procedimiento es sencillo: teniendo dos coches, uno se queda siempre en El Paso, México para ser convenientemente cargado. Cuando llega el otro, se lo llevan al garaje y lo cambian por el cargado con tiempo de sobra; y puesto que ambos coches son idénticos y llevan la misma matrícula, el asunto les ha estado resultando muy fácil.

—Sobre todo —musitó sombríamente Boyd—, contando con un agente nuestro que enseña su tarjeta en la divisoria, con lo cual a nadie se le ocurre investigar el coche que entra con la marihuana.

—Exacto. Ahora sólo falta saber por qué Monty les está ayudando... y por qué se ha convertido en un morfinómano.

Boyd Benton miró de reojo a Nathan.

—¿No crees que haya podido ser una cosa simple y clara, Nat? Me refiero a que Monty se metió en esto sin que exista una explicación especial.

Nathan encogió los hombros. Su aspecto iba siendo más y más sombrío.

—Te ayudaré a «empaquetar» a estos tipos. Así se los podrás llevar al jefe. ¿Has dejado algún cabo suelto en tu conversación con

el propietario de esto?

—Creo que no. Pero estarán atentos a una posible llamada nuestra, a pesar de que todo lo que saben del tal Buth Dayer es que se presentó pidiendo trabajo y se lo dieron. Es un buen mecánico.

—Pero muy nervioso. Bien, manos a la obra. Oye, que te cambien la rueda del «Pontiac» y te los llevas en ese coche. Yo iré a buscar... a Monty. No. Yo iré a pie hacia la salida. No conviene que pudiesen ver el coche de la Colbys desde la terraza. Lo dejaremos aquí.

Boyd fue a pedir que le cambiasen la rueda del «Pontiac»; dos mecánicos lo hicieron a toda velocidad, de modo que cuando los cuatro hombres estaban bien «empaquetados», el coche ya estaba listo. El herido no tardaría en morir a menos que Boyd se diese buena prisa en llegar a la Delegación, donde sería atendido de urgencia.

—Supongo que el jefe te ordenará que vayas a buscar a Owen Langdon, Boyd. Ve con cuidado.

—Seguro, Nat. ¿Salimos?

—Vamos ya.

Nathan se sentó sobre el motor del «Pontiac», y Boyd, al volante, condujo el coche rampa arriba. A pocas yardas de la salida del garaje, Nathan saltó y se despidió con la mano de Boyd Benton, que continuó su camino.

Pocos segundos después, Nathan Ward salía del garaje y se dirigía hacia el vestíbulo del edificio.

CAPÍTULO VI

Louise Colbys había salido ya de la ducha y estaba bebiendo un martini adornado con una aceituna, mirando por encima de la copa a Monty Coleman, que mantenía la vista fija en ella.

—¿Lo quieres ya, Monty? —sonrió.

—Tú sabes que sí —musitó el

g-man

—. Estoy llegando a la conclusión, Louise, de que te resulta divertido verme en estas condiciones.

—¡Amor...! ¿Cómo puedes decir esas cosas?

Coleman se pasó la lengua por los labios, se retorció las manos.

—Perdona... Ocurre que cada día me haces esperar más, Louise.

—Sólo quisiera saber si eres capaz de dejarlo, cariño.

—Yo... Lo intentaré en otro momento. Sí, en otro momento...

Louise Colbys volvió a sonreír. Sabía muy bien que lo que estaba diciendo Monty Coleman era el mismo propósito que se hacían todos los morfinómanos: «mañana ya no me drogaré...». Y al día siguiente decían que el otro, y al otro que el otro...

—Está bien, amor...

—Louise: si no me das pronto eso tendré que dedicarme a conseguirlo por mí mismo.

La muchacha se asustó.

—¡Querido, no hagas eso...!

—¿Te das cuenta? No te interesa que yo me ponga a buscar morfina por mi propia cuenta. Tú sabes que la conseguiría... Pero entonces, es más posible que en el FBI se enterasen. ¿Te imaginas? ¡Un agente del FBI adquiriendo morfina de los pushers! Por eso, amor, te conviene continuar proporcionándomela tú, para que mis superiores y compañeros no se fijen en mí... Si me vigilasen, se

acabarían tus entradas de marihuana en Estados Unidos... ¿Lo comprendes?

—Claro, querido... Pero tú no debes preocuparte: yo te daré cuanta morfina quieras.

—Eee... Sólo por hoy. Sólo hoy, Louise... ¿No es gracioso? En circunstancias normales, yo habría detenido ya a la persona que te proporciona la morfina. Pero ahora, ni siquiera me interesa saber quién es... ¿Tú no te inyectarás?

—No, no... Querido, yo ya me curé de eso. Y te lo debo a ti... Por eso quisiera que tú también fueses capaz de dejarlo...

—¡Soy capaz! ¡Pero no ahora! Ahora quiero una dosis... Una dosis muy pequeña, Louise. Ir... reduciéndola gradualmente.

—Ya entiendo, amor... Está bien, vamos a buscarla.

Louise dejó la copa y se puso en pie. Coleman hizo lo mismo, de un salto. Había estado conteniéndose, procurando en todo momento mantener el dominio sobre sí mismo, a pesar de que ya se sentía mal, tenía frío, sentía las náuseas... Posiblemente, si Louise hubiese prolongado más la situación de espera habría vuelto a amenazarla con estrangularla.

Entraron los dos en el dormitorio de ella. Louise buscó la jeringuilla en el armario y se la entregó a Monty, que la tomó con manos temblorosas.

—Monty...

—Sí. Dime, dime...

—Ni siquiera te has dado cuenta de que esta deshabillé es nueva. ¿Te gusta?

Coleman miró a Louise como si no hubiese comprendido. En realidad ni siquiera había escuchado.

—Es... es muy bonita, Louise...

Ella le echó los brazos al cuello, frunciendo la boquita.

—A veces creo que si yo no te diese morfina ya no querrías saber nada conmigo, amor...

—Sí, sí... ¡Te juro que sí, Louise!

—Querido, te quiero tanto... Me siento morir cuando pienso que puede llegar el día en que me dejes...

—Louise, no te dejaré, te lo juro... ¡No te dejaré!

—Bésame...

Louise Colbys acercó sus labios a los de Monty Coleman, alzando

el rostro, cerrados los ojos. Llegó a tocarlos. Pareció que Monty la iba a besar como ella quería, pero de pronto la apartó rudamente.

—¡Deja eso ahora! —Casi gritó—. ¿No comprendes que no es eso lo que quiero... en este momento? ¡Y no me mires así! ¡Tú has sido morfinómana, sabes qué es esto...!

La muchacha sustituyó en su expresión el reproche por la ternura.

—Oh, Monty, querido, cómo quisiera...

—¡Yo quiero morfina! ¡Déjate de palabras ahora!

—Como tú quieras...

Louise Colbys se volvió de nuevo hacia el armario, cogió uno de sus zapatos y desenroscó el tacón. Dentro había una pequeña cápsula de vidrio, que tendió a Monty, en silencio. El

g-man

la tomó, jadeando, la rompió por arriba, con todo cuidado, y la absorbió con la jeringuilla.

Inmediatamente, clavó la aguja en su antebrazo. Cerró los ojos y apretó el émbolo. Casi al instante, su rostro empezó a transformarse, sus facciones dejaron de estar rígidas... Se sentó en la cama, primero. Luego, se dejó caer hacia atrás, sonriendo, tranquilizado...

La muchacha torció la boquita hacia un lado.

—Felices sueños, querido... Muy felices...

—Me temo que serán los últimos, señorita Colbys.

Louise lanzó un grito y se volvió hacia la puerta del dormitorio, al mismo tiempo que Monty se incorporaba bruscamente. Ella se quedó mirando, entre asustada y atónita, al hombre que había en el umbral, con las manos en los bolsillos, mirándola duramente.

—¿Quién es usted? —chilló—. ¿Qué quiere? ¿Cómo ha entrado aquí?

El hombre miró a Monty Coleman.

—Lo siento, Monty —musitó.

Coleman estuvo más de medio minuto mirándolo fijamente. No ya por la sorpresa que se había llevado, sino esperando a que la morfina hiciese su total efecto, a que sus pensamientos se encauzaran convenientemente.

Por fin, suspiró:

—Yo te daré las explicaciones, Louise: él ha entrado aquí por

medios... personales. Sabe hacerlo muy bien, no hay puerta que se le resista y es silencioso como un gato. Quiere detenernos... Sí, eso es lo que quiere. Y su nombre es Nathaniel Ward, agente especial del FBI adscrito a la Delegación de El Paso... ¿Todo correcto, Nat?

Ninguno de los dos hacía demasiado caso a la mujer, por el momento.

—Todo correcto, Monty.

—Bien. —Coleman se puso en pie, sonriendo secamente—. ¿Traes las esposas, Nat?

Adelantó sus manos, cerradas y juntas por las muñecas. Nathan lo miraba hoscamente. Pero desvió de pronto la mirada hacia la muchacha y gruñó:

—Vístase. Está usted detenida, señorita Colbys.

Louise se volvió hacia Monty, con expresión desesperada. Pero el

g-man

asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—El tiene razón, amor: estás detenida. Y yo también, así que no me mires con la esperanza de que yo te salve de esto. Va a ser completamente imposible. A menos... ¿Has venido solo, Nat?

—Sí.

—Vaya... Otra pregunta. ¿Te has enterado de esto de un modo personal o...? Un momento: ¿es ésta la misión que te impidió marcharte al Gran Cañón con Alice?

—Sí.

—Entonces..., ¿lo sabéis ya todo?

—Casi todo, Monty. Excepto el porqué de esto. Todo podría pensarse de ti o de cualquier agente del Servicio. Somos hombres normales, que podemos... caer en cualquier tentación. Pero... ¡la morfina! ¿Cómo has llegado a esto?

—Es una bonita historia, Nat. Pero no quisiera tener que repetirla demasiadas veces. De modo que, si no te importa, la diré una sola, en mi declaración..., y todos os enteraréis.

Louise Colbys estaba mirando hacia el teléfono.

—Quiero un abogado —musitó—. ¡Quiero llamar a un abogado ahora mismo!

Nathan achicó los ojos. ¿Estaba ante una estúpida o ante una inteligente mujer?

Se acercó al teléfono, dio un tirón al cordón y lo rompió. Se volvió hacia Louise.

—Cuánto lo siento, señorita Colbys; el teléfono no funciona.

—¡Tengo derecho a llamar...!

—¡Cállese! Llamará a su abogado desde la Delegación, con línea intervenida y una vez nos haya dicho el nombre de ese abogado... ¡Ahora, vístase!

Monty se sentó de nuevo en la cama, riendo. La morfina había cumplido ya su efecto. Por no menos de veinticuatro horas, Monty Coleman sería el hombre normalmente despejado e inteligente que había conseguido un puesto en el FBI.

—Obedece, amor —indicó—, es un buen consejo.

—Está..., está bien —ella miró a Nathan—. Salga usted de aquí.

—Le aseguro, señorita Colbys, que no voy a sonrojarme.

—¡No puede quedarse aquí!

—Puede —volvió a reír Coleman—. Y lo va a hacer por mucho que grites, Louise. No seas tontita y vístete, amor. No te preocupes demasiado por Nat: es muy discreto. Sólo mirará si lo considera de verdad necesario.

Louise miró a los dos hombres, y comprendió que ella no era nada ni nadie allí. Su única actitud podía ser la de la obediencia.

Sin decir nada, se quitó la deshabillé y empezó a vestirse. Iba sacando las prendas del armario, desdeñando las que se había quitado al llegar y que llevaban ya el calor de todo el día estival.

Estaba a medio vestir cuando se volvió velozmente hacia Nathan Ward, empuñando la pistolita que había tomado de uno de los cajones.

—¡No se mueva! —chilló.

Ward ni siquiera se alteró. Se quedó mirando la pistolita con total indiferencia.

—Acabe de vestirse, señorita, por favor. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Usted, no yo. Ahora es usted quien está perdiendo el tiempo, señor...

—Ward. ¿No lo recuerda? —sonrió Nathan.

—No se mueva —siseó la Colbys—. ¡No se mueva o le mato ahora mismo! Monty, quítale su pistola.

Coleman miraba irónicamente a Louise.

—Es inútil, amor. Nat tiene triunfos mucho mejores que el de su pistola. Si no fuese así, él habría entrado aquí con su «Luger» en la mano... ¿Correcto, Nat?

—Correcto, Monty. En realidad, sin embargo, he entrado con las manos en los bolsillos porque... Bien: por consideración a ti. No se me ocurría cómo podría yo amenazarle con una pistola.

—Siempre has sido un gran amigo, Nat —musitó Coleman—. Te juro que siento cariño por ti... ¿Te parece una tontería?

Nathan Ward tragó saliva.

—No. Yo también te quiero a ti, Monty.

—Ya lo sé... Sí, lo sé muy bien, Nat. Hemos sido buenos compañeros, excelentes amigos... Y ahora, no tardando mucho, seremos hermanos... Oh, no te preocupes: yo hablaré con Alice y le haré comprender que no podías hacer otra cosa sino detenerme... Se lo haré comprender diciéndole que yo habría hecho exactamente lo mismo. Ella sabrá apreciar el esfuerzo que te ha costado...

—Monty —interrumpió Louise, nerviosa—: deberíamos...

—¿Puedes callarte un minuto, Louise, cariño?

—Tenemos que marcharnos de aquí... ¡Podemos hacerlo ahora, que tengo encañonado a este hombre!...

—Sigue con la pistolita en tu mano si eso te hace sentirte mejor, querida. Pero déjame charlar unos minutos con Nat. ¿Sabes, Nat?: te voy a decir lo que pasó... ¿O no te interesa ya?

—Me interesa, Monty. Quisiera saberlo antes que nadie, tener tiempo de pensar...

Había metido la mano en un bolsillo, pero Louise lo dejó clavado con una orden histérica:

—¡Lo mato si se mueve!

Nathan la miró casi compasivamente. Sacó la mano, con el paquete de cigarrillos en ella, y se puso uno en los labios. Lo encendió y se quedó mirando atentamente a Coleman.

—¿Qué pasó, Monty?

—¿Recuerdas que hace unos tres meses me fui de vacaciones?

—Seguro que sí. Tenías treinta días acumulados, y los conseguiste. Creo que te fuiste a pescar... Dijiste que era principios de temporada, que es cuando se pescan las más hermosas piezas.

—Correcto. Fui a Mentone, en el condado de Loving. Allá, alquilé una cabaña que un tipo tenía junto al Red Bluff Lake, que tú

ya sabes es un ensanchamiento del Pecos River...

—Sí, ya sé...

—Bien. Hay algunas cabañas por allí... Es un lugar bonito, Nat, de veras. Tan bonito, que también a Louise le gustaba...

—¿La conociste allí?

—Eso es. Ella tenía una cabaña muy cerca de la mía, un lindo cottage con embarcadero propio sobre el Red Bluff Lake... La vi allí, pescando, al segundo día de haber llegado yo. Pasé por allí en mi barca y la vi... Bueno, no sé si te parecerá ahora una tontería mi comentario acerca de que Louise es muy... muy bonita, Nat.

—Lo es —susurró Ward.

—Sí, lo sé... Bueno, yo la vi allí, y me dije que... que podía ser todo mucho más agradable con la compañía de ella. Me acerqué con la barca, le pregunté si la pesca iba bien... Oh, tonterías, ya puedes imaginar...

—Sigue.

—Ella resultó muy agradable. Nos hicimos amigos. Dijo que estaba sola allí, reponiéndose...

—¿De qué?

—Todo llegará, Nat. Yo le encontré algo raro a ella. No en su aspecto físico, sino en su actitud. Parecía... avergonzada. Sí, ésa es la palabra exacta.

—¿Avergonzada por su presencia? —Frunció Nathan el ceño.

—No, no... Avergonzada de ella misma. Eso era exactamente. Lo cierto es que nos hicimos... amigos. Bueno, yo iba a cenar algunas noches a su cabaña y charlábamos y bailábamos... Ella tenía allá un magnetófono a pilas con música variada... Una noche, me sentí muy mal, Nat, y me fui, sin decirle nada sobre ello. Al día siguiente, casi no podía moverme y me dolía el vientre como nunca en la vida. No había podido dormir...

—¿Estabas enfermo?

—Exacto.

—¿La avisaste a ella?

—No. Ella vino por su propia cuenta a media mañana. Me dijo que la noche anterior me había notado algo raro, y que al no verme aquella mañana en el lago, había pensado que podría sentirme enfermo...

—¿Avisasteis a un médico?

—No había teléfono en nuestras cabañas. Están a veinte millas de Mentone por una carretera pésima, polvorienta. Hay un pueblecito llamado Orla al otro lado del lago, como a siete millas de donde teníamos las cabañas alquiladas. Pero Louise hubiese tenido que cruzar todo el lago en mi barca de remos, y luego recorrer no menos de tres millas a pie, por montes y lugares peligrosos. No, no llamamos al médico. Aquella misma noche me sentí morir, a pesar de los cuidados de Louise. Le dije que, como fuese, me llevase un médico a la cabaña, pero ella tuvo miedo de dejarme solo... Dijo que..., dijo que nunca se perdonaría si al volver yo estaba... muerto.

—¿Qué hiciste, entonces?

—Ella me puso una dosis de morfina.

Nathan miró vivamente a Louise Colbys, que continuaba apuntándole con su pistolita.

—¿Ella, Monty?

—Sí.

—¿De dónde sacó la morfina?

—Ahora viene la explicación del por qué Louise se sentía avergonzada: había sido morfinómana. ¿No lo sabes?

—¿Cómo había de saberlo? —Gruñó Nathan.

—Oh, vamos, Nat... No me digas que no habéis pedido informes de ella desde el primer momento en que empezasteis a dedicaros a nosotros...

—No tiene antecedentes. ¿No te enteraste tú de esto?

—En nuestra Delegación, ella no consta, lo sé muy bien, porque la busqué en el archivo. Y no me atreví a pedir su informe a Washington. ¿Qué explicación hubiese dado?

—Su ficha como adicta a las drogas tampoco está en nuestros ficheros de Washington, Monty.

—Mejor. Más a favor de ella...

—¿En qué sentido?

—Espera... Ella me inyectó morfina y yo me sentí bien muy pronto. Apenas en una hora, los dolores habían cesado casi por completo. Estaba tan agotado, que me dormí. Aquella noche, Louise la pasó en mi cabaña, cuidándome; durante el resto de la noche me inyectó morfina tres veces más, porque me despertaba gritando y de nuevo con los mismos dolores...

—Pero ¿de dónde sacaba ella tanta morfina?

—Había ido allí con treinta ampollas, dispuesta a curarse. Un médico amigo suyo la había sometido a tratamiento... discreto. Por eso no consta en nuestros archivos, ni siquiera en los de Washington. Ese médico amigo suyo le dijo, tras unas semanas de tratamiento, que la consideraba ya curada. Entonces, Louise compró esas treinta ampollas de morfina y se fue a la cabaña junto al lago... Cada mañana, tiraba una al agua. Se suponía que ésa era la que, de haber continuado con el vicio, se habría inyectado en su brazo... Pero estaba curada. Cada mañana, lo primero que hacía era tirar una ampolla al agua...

—Parece como si se las hubiesen regalado, ¿eh? —masculló Nat.

—Louise tiene dinero. Compró las treinta y se refugió allá... Era su propia prueba, y la estaba pasando bien cuando ocurrió lo mío...

—Entiendo. Ella utilizó la morfina para calmarte el dolor... ¿A qué fue debido?

—Lo ignoro. Continuó unos días más, pero cada vez menos doloroso, menos enloquecedor...

—¿Tan violento era?

—Escucha, Nat: preferiría morirme antes que pasar otra noche como aquella primera. Estaba como muerto, paralizado, y, al mismo tiempo, el dolor era como... como si me estuviesen atravesando las entrañas un millón de balas...

—¿Qué más pasó?

—Bueno... En realidad, eso es todo.

—Comprendo. ¿Cuántas ampollas de morfina consumiste?

Monty Coleman se pasó la lengua por los labios.

—Sólo te diré que..., que Louise ya no pudo tirar al agua ninguna ampolla más.

—¿Estabas loco? —gimió Nathan—. ¡Eso es una barbaridad, Monty! ¿Cómo no lo comprendiste? ¡Por el amor de Dios, muchacho, no eres un palurdo cualquiera que puede llegar a beber morfina creyendo que es *whisky*!

—¿Qué querías que hiciese?

—Por todos los demonios..., ¡largarte de allí en busca de un médico y olvidarte de aquella maldita morfina!

—Yo... preferí quedarme con Louise.

—¿Por qué?

—Pues... Bueno, Nat...

—Oh, lo comprendo, lo comprendo... Pero no entiendo lo de la morfina, Monty: ella se cura y tú te conviertes en un vicioso... ¿No te dabas cuenta del camino que estabas recorriendo?

—Eeemmm... No sé. No demasiado, Nat. Te diré la verdad: cuando el dolor fue decreciendo, esto es, a la semana siguiente, yo estaba convencido de que todo iba a terminar, y que aquellas abundantes dosis de morfina no iban a significar nada para mí... Tú ya sabes que en los hospitales se inyecta morfina en ciertos casos... Y casi nadie se convierte en morfinómano. Pero yo..., yo tomé dosis excesivas. Una mañana..., una mañana, cuando despertamos, le dije a Louise que me diese una ampolla. Ella se resistió, me dijo que era peligroso, que tuviese cuidado... A media mañana, empecé a exigírsela. A la tarde, estaba yo de un humor insoportable, casi llegué a golpearla... Entonces fue cuando me dijo que ya no le quedaba ninguna ampolla, que las había consumido todas...

Nathan miraba con expresión de espanto a su compañero.

—¿Qué pasó entonces? —murmuró.

—Ella... Ella tuvo que ir a buscarme más morfina, Mat.

—¿Persistían aquellos dolores?

—Muy..., muy poco. Pero apenas me apuntaban, me sentía aterrado... No puedes imaginarte aquello, Nat.

—Quizá no. ¿Te consiguió ella la morfina?

—Sí.

—¿Quién la pagó?

—Al principio, yo.

—Luego, se te acabó el dinero.

—Todo el dinero, Nat. Pero yo quería morfina.

—¿Y la pagaba ella?

—Eee... Sí, sí... Yo le pregunté de dónde la conseguía, y me dijo que de un antiguo pusher. Pero la morfina es cara... Bueno, tuve una proposición para conseguirla gratis, por medio de Louise.

—¿Quién te hizo esa proposición?

—No lo sé. Todo fue por mediación de Louise. Ella..., ella había pertenecido a una banda que se dedicaba al contrabando de drogas, y por eso, por probar alguna vez, adquirió el vicio... Ella ya se había curado, pero..., pero continuaba perteneciendo a la banda, Nat.

Nathan Ward miraba incrédulamente a Coleman.

—¿Y no la detuviste?

—No.

—Por el amor de Dios... ¿Qué proposición te hicieron?

—Yo tenía que ayudarles a pasar marihuana desde México... y me darían toda la morfina que necesitase, a cambio.

—¿Dinero también?

—¡No! ¡No, Nat, eso no! Yo sólo quería... mis dosis de morfina y continuar junto a Louise.

—¿Por qué?

—Nat: la quiero. La amo con todas mis fuerzas.

—¿Y ella a ti?

—Naturalmente.

Nathan quedó silencioso unos segundos, antes de susurrar, mirando fijamente a Coleman:

—Monty, ¿te das cuenta? Te has convertido en un morfinómano y estás traicionando al FBI. ¿Te das cuenta, Monty?

—Sí... Bueno, Nat, tú sabes que la marihuana, o cualquier otro estupefaciente entra de todos modos en Estados Unidos... La que entran con mi ayuda no es más que una gota de agua en el mar.

—Santo cielo, Monty. ¡No me digas que te has engañado a ti mismo con esa... explicación!

—Bueno... ¿Acaso no es cierto?

—¡Claro que es cierto! ¡Pero eso no puede bastarte a ti para hacer todo eso! Monty, te has convertido en un morfinómano, ¿te das cuenta exacta?

—Lo dejaré en cuanto me lo proponga...

—¿Sí? ¿Cuántos días has ido diciendo o pensando eso..., uno tras otro? ¡No seas estúpido! Por Dios... Te enseñaron igual que a mí todas estas cosas. No es fácil curar a un morfinómano. De cada seis casos, cinco pacientes reinciden...

—Sé todo eso.

—Oh, ya entiendo... Tú te consideras diferente, ¿no es eso?

—Por supuesto...

—¡No seas iluso! ¡Eres un morfinómano, y eso es todo! ¡Un morfinómano igual que cualquier otro, con las mismas ansias, los mismos temblores, las mismas náuseas, los mismos síntomas neurálgicos...! ¡No basta ser un agente del FBI para estar

inmunizado contra los estupefacientes! ¿Por qué demonios has de creer eso? Has ido a caer en lo peor, Monty. ¿No lo sabías?

Nos han hablado de las drogas, hemos asistido a conferencias exhaustivas sobre el tema, conocemos todo lo que puede ocurrir cuando se inyecta morfina, o se fuma opio, o hachís, o marihuana, o se sorbe «coca».

—Monty, ¿no te das cuenta de que ya no puedes caer más bajo?

—Cállate... ¡Cállate! ¡Cállate...!

—Ah... ¿Ésa es la solución? ¿Que yo me calle? Monty, no hay nada en el mundo peor que las drogas. Tú lo sabes. ¿Qué importancia tendría que Louise y tú fueseis amigos? ¡Bah, tonterías...! Pero las drogas es algo serio. Lo más asqueroso del mundo, Monty. Hay quien se torna adicto por circunstancias especiales: enfermedades, intervenciones quirúrgicas... Ésos tienen disculpa, porque están en los principios, y podrían dejarlo... Pero aún los hay peores... ¿No los conoces? Son esos hombres, o muchachas, o esas adolescentes que se aburren, que buscan cosas nuevas... Toda esta gente, Monty, es la escoria del mundo, y nosotros estamos luchando por hacerles comprender la verdad: «No os dejéis engañar», les decimos a las jovencitas. «Si alguien os ofrece algo nuevo, un placer inédito, un paraíso particular, huid. No fuméis más que de vuestro tabaco, no os inyectéis nada, apartaos de quienes os ofrezcan cosas nuevas, como polvos blancos “que es muy divertido sorber o tomar”. Monty, no puedo creer lo que ha ocurrido contigo».

—Ya te he dicho que puedo dejarlo en cuanto quiera...

Nathan lo miró con miseria. Sabía que Monty estaba diciendo la verdad, que se sentía realmente capaz de dejar la droga. Pero sabía también que hombres con tanta o más voluntad que Coleman lo habían intentado. Se empezaba como un juego, como una nueva experiencia, creyendo que no era tanto como se decía... Y un mal día, se encontraban a punto de enloquecer si no tenían la droga. Y ahí empezaba todo.

—Sin duda, Monty —musitó—. ¿Conoces a un hombre llamado Owen Langdon?

—No...

—¿No? Pues es...

Pero Louise Colbys había lanzado una exclamación ahogada y se

adelantó amenazadoramente hacia Nathan, siempre amenazándolo con la pistola.

—Cállese ya... Ya han hablado bastante los dos. Y ahora, le voy a demostrar que usted ha cometido un error al venir solo, Ward. Nos vemos a ir en coche... a dar un paseo.

Monty se puso en pie de un salto.

—¡Un momento, Louise! ¡Cuidado con lo que piensas!

—¿Qué ocurre, amor? —sonrió la muchacha.

—No vas a llevar a Nat a dar ningún paseo... ¡Nada de eso! No se te ocurra ni siquiera la idea de matarlo...

—Mi amor: ¿quién habla de matarlo? Sólo quiero que nos acompañe hasta cruzar la frontera. Tenemos que escapar, querido, ¿no lo comprendes? Una vez en México, dejaremos libre a tu amigo... El sabrá lo que le conviene hacer entonces. Pero quiero que sepa que allá tengo amigos, y que le conviene pensar con sensatez... ¿Es que no quieres escapar conmigo, querido?

Coleman se dejó caer de nuevo en la cama.

—Será inútil, Louise. No sé si lo sabes tú ya, pero en México el FBI tiene agencias de servicio. Y no es eso solo. Te aseguro que desde El Paso, México ni siquiera podríamos llegar a la costa. Sé muy bien lo que digo —sonrió tristemente—, porque, no sé si lo has olvidado, yo pertenezco al FBI.

—¡No vas a dejarte llevar como una res al matadero, amor!

—Es lo más sensato, aunque tú no lo creas.

—El tiene razón —intervino Nathan, sonriente—. Vamos, deme ya ese cacharro inútil, señorita Colbys.

—¡No! ¡Y no se acerque, o le demostraré que no es un cacharro inútil!

Nathan no le hizo el menor caso. Continuó acercándose... Y entonces, Louise Colbys apretó el gatillo.

No pasó nada.

Absolutamente nada.

La muchacha lo volvió a apretar... Y lo estuvo haciendo hasta que Nathan llegó ante ella y le quitó suavemente la pistola.

—Señorita Colbys —sonrió—, estuve en su apartamento con anterioridad y vi esta pistola. Quiero decirle que es facilísimo inutilizarla. Y ahora, por favor: ¿quiere terminar de vestirse?

Louise Colbys estaba pálida, descompuesto el rostro en una

mueca de rabia. Monty Coleman había aceptado el triunfo de Nathan con toda naturalidad. Lo conocía, sabía que la red estaba lanzada, y que el FBI jamás utiliza redes estropeadas.

—Obedécele, Louise. Ya te he dicho que ésa es la única solución.

—¡No es la única solución! ¡Tú tienes tu pistola, Monty! ¡Mátalo tú!

Monty Coleman se quedó mirando estupefacto a la muchacha. Luego miró a Nathan Ward y metió la mano derecha en su sobaco izquierdo. Nathan no se movió; quedó completamente inmóvil, mirando con terrible fijeza a su amigo y compañero, al hermano de la mujer que amaba. Los dos estuvieron mirándose tanto rato, que Louise insistió:

—¡Mátalo, Monty! ¿Qué esperas?

Coleman miró a Louise. Sacó la mano del sobaco, vacía, y dijo:

—Cuando tú quieras, Nat.

Nathaniel Ward se sintió poco menos que despreciable.

—Iré a buscar el coche con el que pasáis la marihuana, Monty. Os espero abajo a los dos.

—Ve tranquilo. Louise y yo nos reuniremos contigo enseguida. Ward asintió sombríamente.

—Lo sé, Monty.

Y salió del apartamento.

CAPÍTULO VII

Los vio salir del edificio, llevando Monty a la muchacha fuertemente asida por un brazo. Era indudable que ella había querido escapar, y que así se lo habría propuesto a Monty Coleman. Pero, para conocer bien el poder del FBI, no hay como pertenecer a él. Monty sabía que era ya inútil, y prefería no complicar las cosas.

Abrió la portezuela de detrás cuando los tuvo junto al coche. Louise Colbys entró e/ primer lugar, evidentemente irritada. Monty lo hizo luego y cerró la portezuela.

Nathan se disponía a poner en marcha el coche cuando un hombre apareció por la ventanilla, apuntándole a la cabeza con una pistola provista de silenciador.

—¿Tiene la bondad de estarse quieto, amigo? —dijo.

Nathan lo miró, sin hacer caso de la exclamación de alegría de la Colbys.

—¿Qué tal, Langdon?

—Oh... ¿Me conoce?

—Su cara está entre otras muchas miles en nuestros ficheros, Owen Langdon. Y dado que últimamente se ha visto usted con Louise Colbys, si bien brevemente, y teniendo en cuenta que a ella, como a Monty Coleman, los teníamos vigilados...

—Oh. Interesante, señor...

—Nathan Ward. Esto... agente del FBI.

—¡Qué bien! Igual que Coleman, ¿eh?

—Igualito. Dígame, Langdon: ¿no cree que está haciendo el tonto?

—¿Por qué?

—Uno de mis compañeros quedó encargado de vigilarle. Lo tiene ahora a su espalda.

Owen Langdon se echó a reír.

—Hágame un favor, amigo Ward: apéese. Luego, dé la vuelta al coche, por delante, y vuelva a colocarse ante el volante.

Nathan obedeció. Desde luego, el agente que había quedado encargado de vigilar a Langdon no estaba por allí, eso era seguro. Langdon hizo salir a Monty del asiento trasero, y le indicó que se sentase junto a Nathan. Luego entró él atrás y les quitó la pistola a Monty y a Nathan.

—Son ustedes muy dóciles... —rió—. ¿Tienen quizá algún truco especial para situaciones como ésta?

—Parece que es usted el que lo tiene, Langdon. Ya veo que mis compañeros no le han encontrado en su motel, y que, además, ha burlado al que estaba encargada de vigilarlo allí.

—Es muy conveniente alojarse en un motel, amigo Ward: siempre se encuentran muchas salidas. Le diré que no tengo noticias de todos esos amigos de que me ha hablado. Simplemente, tengo por norma salir del motel con toda discreción por un sitio inesperado... cuando estoy esperando un cargamento.

—Ya entiendo... Sin saber que estaba vigilado, salió de allí digamos... discretamente.

—Y dejando algunas luces de mi cabaña encendidas. ¿No es tontamente sencillo? Cualquiera diría que yo estoy todavía allí y que no me he movido. Oh, además, tengo en marcha la televisión.

—Muy inteligente. Y dígame: ¿qué hace por aquí?

—Vine con mis hombres a recoger la mercancía, ya debe imaginárselo.

—Vaya... Entonces, a estas horas, ya sabe usted que...

—Sé que detuvieron a mis hombres, y he entendido que ustedes sabían que yo andaba metido en esto y que actualmente algunos hombres del FBI se están llevando el gran chasco de encontrar vacía mi cabaña en el Cuernavaca Motel.

—Correcto. ¿Qué más?

—Que yo le vi a usted subir al apartamento de Louise..., y le he esperado. Afortunadamente... para mí, claro, parece que usted es hombre que sabe... o cree saber trabajar solo.

—Sé hacerlo, Langdon.

—Oh, sí, seguro, seguro... Imagino que la marihuana está todavía en este coche, amigo Ward.

—Exacto.

—Entonces, tenga la amabilidad de arrancar ya.

—Muy bien.

Nathan obedeció. Louise Colbys le explicó atropelladamente a Langdon lo que había ocurrido en el apartamento. Estaba disgustada y furiosa con Monty Coleman.

—¡Estaba dispuesto a entregarse, a llevarme con él, Owen...!

Monty se volvió en el asiento.

—Louise, es lo mejor, créeme. Lo mejor que podemos hacer...

Owen Langdon golpeó a Coleman con la pistola en plena boca, partiéndole los labios, echándole la cabeza hacia atrás...

—Yo diré lo que vamos a hacer, Coleman —amenazó duramente—. Usted permanezca quieto y callado.

Monty Coleman se había encogido al recibir el terrible golpe. Sacó un pañuelo y contuvo la sangre. Ni siquiera había lanzado una exclamación al recibir el golpe.

Tan sólo mientras se enjugaba la sangre, musitó:

—Lo siento, Nat.

—No te preocupes —musitó también Ward—: todo se arreglará, Monty.

—No para ustedes, amigo Ward —dijo Langdon—. Ahora, escuche atentamente: tengo nueve balas en esta pistola. Naturalmente, las dos primeras serán para usted y Coleman si no hacen lo que les digo. Las restantes irán a cualquier parte... Piensen que quizá muchas vidas dependen de ustedes, a menos que cuando estemos cruzando la divisoria se porten cuerdamente. ¿Correcto?

—Correcto. ¿Adónde vamos?

—Ya se lo he dicho: pasaremos a México.

—Muy bien. ¿Cree que le servirá de mucho eso, Langdon?

—De momento, es lo único que puedo hacer, me temo. Luego, ya me las arreglaré para que me sirva de mucho. No olvide, Ward, que si en la divisoria tenemos tropiezos...

—No se preocupe. Lo pasaré al otro lado.

—Magnífico. Una vez en El Paso, México, ya le diré adónde deberá dirigirse.

—No se moleste, Langdon. Conozco el camino.

—¿Oh, sí?

—Al número setenta y nueve del callejón de las Animas, casi en

Juárez ya. ¿Okay?

—Okay. Vaya, eso es trabajar bien, Ward.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—¡Lo soy! —rió Langdon—. Pero no olvide que mi pistola estará atenta a ustedes en todo momento.

—No es cosa fácil de olvidar. Pero si quiere un buen consejo, Langdon...

—Desde luego. ¿Cuál es?

—No se complique más la vida. Ordéneme que dé la vuelta y que vayamos todos a la Delegación. Se entrega, nos explica todo este asunto de la marihuana... y saldrá regularmente librado.

—¡Es un pésimo consejo! —volvió a reír Owen Langdon—. Vamos, vamos, siga adelante. Nos vamos a México.

Nathan encogió los hombros.

Continuaron hacia la divisoria. Pasaron sin ninguna dificultad al otro lado del Río Grande River, y el coche siguió El Paso abajo hacia el callejón de las Ánimas.

—¿Entro en el garaje? —preguntó Nathan.

—Por supuesto.

Estaba bastante oscuro... Más que oscuro, sórdido. Evidentemente, el garaje no prestaba servicio. Era, ni más ni menos, que la guarida de la banda yanqui-mexicana dedicada al contrabando de marihuana.

Había dos coches allí dentro, al fondo. A pesar de la poca luz, Nathan distinguió perfectamente el coche gemelo al que estaba conduciendo. En efecto, no sólo era idéntico, sino que llevaba la misma matrícula. Era muy fácil y cómodo cargarlo allí y sacarlo cuando llegase el otro, que a su vez se quedaba para ser cargado. Y con un agente del FBI al volante, las dificultades para pasar una buena cantidad de marihuana a Estados Unidos jamás podían existir.

Nathan obedeció. Enseguida aparecieron dos hombres, que se acercaron al coche recién llegado. A uno de ellos ya lo conocía Nathan; era el conductor que se paseaba por El Paso haciendo el cambio de coches. Los dos tenían una pistola en la mano.

—Bajen —ordenó Langdon.

Los dos

g-men

se apearon del coche, siempre cubiertos por la pistola de Langdon, y ahora, además, por las otras dos.

—¿Qué ocurre? —Gruñó uno de los dos mexicanos, en español.

—Pequeñas dificultades, Pedro. Por el momento, id a cavar dos buenos hoyos en la parte de atrás.

CAPÍTULO VIII

Owen Langdon encendió la luz, y entonces todos se encontraron en una especie de pequeño almacén lleno de bidones vacíos. La luz era solamente una bombilla que pendía del techo por medio de un cordón negro a fuerza de tiempo y de excremento de moscas. No parecía, ni mucho menos, el lugar desde el cual partían cientos de miles de dólares en marihuana.

O quizá, precisamente por eso, era el lugar más adecuado. Todo allí era sórdido, empezando por la luz amarillenta y la suciedad que se evidenciaba por todos lados.

—Pónganse cómodos —sonrió Langdon—. Ustedes son unos tipos tan grandes que los hoyos tendrán que ser muy largos y profundos.

—¿Podemos fumar, Langdon? —preguntó Nathan.

—¿Cómo no? Sólo quiero advertirles que a mí lo mismo me da matarlos ahora que cuando los hoyos estén listos. ¿Okay?

—Okay. ¿Quiere usted?

—No.

—¿Señorita Colbys? —ofreció Nathan.

—¡No!

—¿Monty?

A Monty Coleman se le estaba hinchando la boca. No parecía encontrarse muy bien; el golpe había sido tan potente que si lo hubiese recibido uno de aquellos dos mexicanos menudos y morenos, era seguro que todavía estarían durmiendo.

—No, Nat.

Ward encendió un cigarrillo para sí, mirando a su alrededor. La posibilidad de escapar era realmente inexistente. No había ventanas, y solamente una puerta, que era la que vigilaba Owen

Langdon.

También Louise Colbys permanecía vigilante. Tenía en su mano derecha la pistola de Nathan, y éste le tenía más miedo a ella que a Owen Langdon. Langdon era un tipo sereno, ecuánime. Sin duda, estaba dispuesto a matarlos, pero con serenidad, sin histeria... Louise Colbys, por el contrario, los miraba nerviosamente, y era obvio que cualquier pretexto le parecería bueno para apretar el gatillo.

—Hagamos un trato, Langdon —musitó Nathan—. Usted se larga de aquí con el último paquete de marihuana, y nosotros le damos media docena de horas de ventaja.

—No está mal. Pero entiendo que debo dejarlos vivos, Ward.

—Desde luego.

—Usted sólo sabe dar malos consejos y proponer tosas estúpidas. Le diré una cosa: cuando nosotros nos marchemos de aquí, ustedes se quedarán... bajo un buen montón de tierra.

—Si usted está loco es cuenta suya, Langdon.

—¿Loco? ¿Por qué?

—Si mata usted a dos agentes del FBI, calcule que no vivirá más de una semana. No importa adonde vaya. En una semana como máximo, uno de nuestros compañeros aparecerá ante usted y, si por especiales circunstancias no puede regresarlo a Estados Unidos, le meterá unas cuantas balas en la barriga.

—No diga tonterías. Ustedes, a su manera, son unos caballeros. No me harán eso.

—¿Por qué no?

—Ningún agente del FBI va por el mundo metiendo balas en las barrigas de tipos como yo.

—Precisamente, vamos metiendo balas en las barrigas de tipos como usted... ¿Usted sabe lo que quiere decir g-man?

—Government Man... Los mexicanos lo traducen muy bien al llamarlos «Hombres del Gobierno». ¿No?

—Eso es. Pero fíjese bien: hay quien cree que g-man quiere decir gun-man.

—¿Pistolero?

—Ajá.

—Eso es una majadería.

—Lo es en cuanto a interpretación de la sigla, Langdon. Pero no lo es en cuanto a nuestras posibilidades para matar. Un agente del FBI no necesita permisos especiales para matar. Llega el momento, prepara su pistola, dispara... Y luego se aceptan sus explicaciones, sobre todo si dice que ha... liquidado a un tipo que asesinó a otro agente del FBI.

—¿Intenta asustarme, Ward?

—Eso sería perder el tiempo. En realidad. —Nathan sonrió—, usted ya está asustado. Hace unos años tuvo un choque con el FBI, en Nueva York. No sea tonto, Langdon. Diga que tapen esos hoyos, que esos dos mexicanos se vayan a vender enchiladas, y usted véngase conmigo a El Paso Yankee. Le juro que es un buen consejo.

—Como su otro consejo, Ward, éste es igualmente pésimo. Será mejor que se dedique a fumar... en silencio.

—Langdon, un compañero mío, llamado Boyd Benton, conoce este lugar.

—Bah...

—En serio. Yo se lo dije. Cuando no le encuentren a usted en el Cuernavaca Motel, vendrán aquí.

—Esto es México, Ward.

—¿Sí? ¿Y qué? Llegarán en silencio; le buscarán a usted, le encontrarán, le matarán y regresarán a Estados Unidos... ¡Usted no puede ser tan tonto, Langdon!

—¡No le hagas caso! —chilló Louise Colbys—. ¡Mátalo ya, Owen!

—¡Louise! —exclamó Coleman—. ¿Por qué no te callas?

Louise Colbys se acercó a Monty Coleman y se quedó mirándolo con ojos chispeantes de furia.

—¿Callarme yo? ¿Por qué? ¿Por qué..., querido?

—Yo te lo pido.

—Oh...

—Deja que ellos dos arreglen sus problemas. Al fin y al cabo, aunque de momento no queráis creerlos, a todos nos interesa que Nathan pueda convencer a Langdon.

—¿Es una broma, amor?

—¡No es ninguna broma!

—Yo creo que sí... Pero espera, amor, espera... ¿Tú esperas salir con vida de esto?

Monty Coleman miró, perplejo, a la muchacha.

—Es algo que no he pensado detenidamente, Louise.

—Pues piénsalo —sonrió ella—. Veamos..., ¿qué crees tú...?

—Bueno... Sólo puedo pensar que yo no te mataría a ti de ninguna manera, Louise.

—Ya sé... Porque me quieres..., ¿no es eso?

—Claro.

—Y tú crees que yo te quiero a ti.

Coleman palideció.

—¿Acaso... no es cierto?

—Monty... Monty, querido: ¿cómo puedes ser tan tonto?

Monty Coleman se pasó la lengua por los labios. Por el momento no necesitaba morfina, pero sentía de todos modos un extraño frío, una desagradable sensación indefinible...

—No te... entiendo, Louise...

—Es fácil. Es muy fácil entenderme, Monty, amor.

—Mentira... Oh, es mentira, Louise...

—No, no —rió ella—. ¡Te juro que es verdad que jamás te he amado!

—Pero..., pero desde que nos conocimos...

—¿Qué importa todo eso? ¿Quieres que te diga la verdad..., amor?

—Dímela.

—Todo ha sido mentira. Mi amor, mi morfinomanía... ¡Todo!

Monty Coleman miró a Nathan Ward, su compañero, su amigo, casi un hermano. Lo vio serio, como petrificado, con el cigarrillo en los labios, pero sin fumar, medio cerrado un ojo, hierático el rostro. No le miraba a él, ni a Louise, ni a Langdon... Daba la impresión de un extraño espectador que asiste a una función que ya ha visto anteriormente.

—¿No eras morfinómana, Louise?

—¡Claro que no! Quizá tú vieses algunos pinchazos en mi brazo, pero eran solamente eso: pinchazos. No había entrado en mi cuerpo ni una sola gota de morfina. Me pinché unas cuantas veces, por si se te ocurría examinarme. Me fingí avergonzada; te expliqué una bonita historia... que Owen me había enseñado.

—Louise...

—Tienes que entenderlo, querido.

—Creo..., creo que lo entiendo ya. Pero no puedo creerlo.

—Créelo. Te he mentido en todo momento. Sólo se trataba de tener un agente del FBI bajo nuestro control. Owen lo ideó todo. Cuando lo tuyo termine, iremos a Miami... También allí hay muchas posibilidades. Tendremos que invertir un tiempo en buscar a otro agente del FBI que se vaya de vacaciones.

—¿Por qué?

—Porque cuando él vaya a pasar sus vacaciones, yo iré con él. Apareceré como su vecina, se enamorará de mí... Luego, cuando ya tengamos confianza, una noche se sentirá enfermo... Muy enfermo, Monty. Y yo le calmaré su dolor con morfina. ¿No sabes? No hay nada como un agente del FBI morfinómano para que ayude a los contrabandistas de drogas a pasarlas por los lugares difíciles. Eso es lo que ha ocurrido contigo, lo que ocurrirá con otros agentes del FBI.

—¿Dices que ese otro agente del FBI se sentirá enfermo?

—Exactamente igual que tú. Sólo tendré que acercarlo a mí y echarle ciertos polvos en su bebida, Monty, querido... Exactamente igual que tú, sí.

—¿Me echaste... polvos en mi bebida?

—¿Por qué crees que te sentiste tan mal? Y cuando fingía atenderte, continuaba echándote los mismos polvos, sólo que en menor dosis. Aceptabas la morfina... ¡Claro que la aceptabas, ya que era lo único que te aliviaba! Entiéndelo, Monty: yo jamás fui morfinómana. Sólo se trataba de que lo fueses tú. Y en un mes de estar contigo, lo conseguí. Te inyecté tanta morfina que tu organismo llegó a necesitarla... Como ocurre ahora. Hoy has tenido tu dosis. Si no hubiese sido así, te habrías vuelto loco. Pero yo te iba inyectando, y tú no te preocupabas de nada más. Lo aceptabas todo. ¿Había que pasar marihuana? Muy bien: pues tú lo hacías. Ése era el plan: un agente federal que avalase con sus documentos la entrada de buenas cantidades de marihuana en Estados Unidos. Un federal que fuese un drogado. Y yo conseguí que tú lo fueses.

—¿Me engañaste?

—¡Claro que sí! Owen ideó el plan, y yo hice mi trabajo. Hemos pasado ya tanta marihuana que podemos considerarnos poco menos

que millonarios. Y todo eso, gracias a ti... Es decir, gracias a mí. Jamás te he amado. Sólo te he utilizado, de acuerdo a un plan. Pero ya estás «gastado», querido. Ahora, sólo te queda una cosa por hacer: morir.

—¿Y entonces tú irás a Miami, a buscar otro agente del FBI para hacerle lo mismo que a mí?

—Contra lo que vosotros creéis, los federales no sois más que hombres corrientes. Tenéis debilidades, flaquezas. Sólo hace falta una hermosa mujer que sepa aprovechar esas... flaquezas.

—Louise: ¿sabías que yo iría de vacaciones, tú me seguiste, todo estaba preparado para hacer de mí un morfinómano y luego utilizarme en el contrabando de marihuana?

—¡Por fin lo has comprendido todo!

—¿No has sido nunca morfinómana?

—No.

—¿Me has mentido en todo?

—Sí.

—¿En todo momento?

—Sí.

—¿Jamás me has amado?

—Jamás.

—¿Tú hiciste que yo sintiese aquellos dolores, tú lo tenías todo, preparado para convertirme en morfinómano?

—Sí, amor.

—¿Y ahora quieres que Langdon nos mate a Nat y a mí?

—Exactamente.

—¿No hay nada en ti... hacia mí?

—Asco y desprecio, amor.

—No... No te creo, Louise.

—¿Quieres que me ría ahora?

—Algo..., algo debes sentir hacia mí, Louise.

—Ya te lo he dicho: asco y desprecio.

Monty Coleman cerró los ojos.

—Está bien... —susurró—. Si eso es todo lo que sientes por mí, ya sólo te queda matarme. Dispara, Louise. ¡Vamos, dispara! ¿Qué estás esperando?

Louise Colbys miró a Owen Langdon. Monty Coleman, con los ojos cerrados, no pudo ver el movimiento afirmativo de Langdon,

pero Nathan sí lo vio.

No llegó a tiempo.

¡Bang, bang...!

La pistola que Louise Colbys empuñaba lanzó dos plomos, dos llamaradas. Monty Coleman retrocedió bruscamente, como en dos saltos. Abrió los ojos y los fijó en Louise Colbys, que lo miraba sonriendo cruelmente por encima de la pistola, mostrando una inadecuada sonrisa angélica.

—Louise, no es..., no es posible...

Louise Colbys mantuvo su angelical sonrisa.

—Felices sueños..., querido.

¡Bang!

La tercera bala empujó a Monty Coleman contra un montón de bidones. Los derribó, rodaron por el sucio suelo; algunos pasaron por encima de su cuerpo. El estrépito era considerable, pero nadie podría oírlo fuera del garaje del callejón de las Ánimas. Ni siquiera podrían oír los estampidos de la pistola.

Monty Coleman quedó tendido boca abajo, rodeado de bidones. No se movió lo más mínimo.

Louise Colbys se volvió entonces hacia Nathan Ward, cuya palidez era sólo comparable a la de un cadáver.

—¿Tiene algo que oponer, Ward?

La mano derecha de Nathan, temblorosa, ascendió en busca del cigarrillo que temblaba en sus labios.

—Tengo mucho que oponer, señorita Colbys —tembló también su voz—. Pero creo que éste no es el momento.

—No habrá otro momento, Ward. Lo que tenga que decir, dígallo ahora.

—Dios tenga piedad de usted —sentenció Nathan—. Es todo cuanto tengo que decir. Es decir: todavía puedo añadir algo...

—Añádalo.

—Bien: si Dios no tiene piedad, compadézcase de sí misma. Porque le aseguro que mil hombres que la buscarán no tendrán la menor piedad. Usted morirá igual que Monty..., o peor.

—¿Acabó?

—Acabé.

—Entonces, Ward, es tiempo de que usted también muera. ¿No?

Nathan Ward continuaba mostrando en su rostro la misma

palidez cadavérica. No era un superhombre. Sólo un hombre, que sabía que le quedaban solamente unos segundos de vida. Pedir clemencia era perder el tiempo, aparte de no entrar dentro de sus normas de conducta. Iba a morir y lo sabía. Toda su voluntad todas sus fuerzas, se concentraron en el último detalle de su vida: la dignidad. Moriría con dignidad. Sentía un miedo atroz a que en su cuerpo entrasen tantas balas como habían entrado en el de Monty Coleman, pero, puesto que parecía inevitable, las recibiría con dignidad.

Por eso, a pesar del miedo, consiguió que su mano no temblase al colocar de nuevo el cigarrillo en los labios.

—Si mi tiempo de morir ha llegado, señorita Colbys, será mejor que usted cumpla la sentencia.

Louise apuntó fríamente a Nathan, al centro del pecho. Pero, justo en el momento en que se disponía a disparar, bajo la malévola mirada satisfecha de Owen Langdon, los dos mexicanos irrumpieron en la pieza, excitados, con las pistolas empuñadas.

—¿Qué han sido esos disparos? —gritó Uno de ellos.

—¿Ha ocurrido...?

Habían entrado por la puerta del fondo, hacia la izquierda y por detrás de Nathan Ward. Éste se volvió hacia allí como una fiera, y su reacción sorprendió a todos, empezando por Louise Colbys.

Saltó hacia el llamado Pedro, quitándole el cigarrillo de los labios; y antes de que nadie pudiese tomar medidas para impedirlo, le metió en un ojo la punta abrasadora... Pedro gritó como si lo estuviesen descuartizando en vivo. Se olvidó de todo. Pero Nathan no se olvidó de todo. En un instante, la pistola de Pedro pasó a su poder.

Se volvió hacia el otro mexicano, con la pistola lista para disparar, justo en el momento en que el hombre disparaba la suya. Pedro fue quien pagó las consecuencias. La bala se clavó en su pecho, a la altura del corazón, y Pedro se encogió como una tira de cuero puesta de golpe en un intenso fuego.

Nathan lo sostuvo ante sí con una mano, y con la otra manejó la pistola, contra el mexicano que quedaba vivo, y que parecía el más dispuesto a zanjar la cuestión por la vía rápida.

La bala acertó al hombre en el centro de la frente y lo levantó, lo tiró contra otro montón de bidones, que se vinieron abajo con tanto

estrépito como los que había derribado Monty Coleman.

Owen Langdon, pálido de rabia y de miedo, disparaba también en aquel momento. La bala alcanzó a Nathan Ward en un hombro, lo hizo girar sobre sí mismo, violentamente, y lo tiró de cara contra otro montón más de bidones...

El ruido era ensordecedor, a pesar de que la pistola de Owen Langdon llevaba silenciador. Se oían los bidones como si fuese la gran batería de una colosal orquesta. Uno de los bidones dio en la cabeza de Nathan, obligándole a golpear de cara contra el suelo... Y ese mismo bidón se estremeció al recibir la segunda bala de Owen Langdon. La tercera bala, disparada todavía más frenéticamente que las anteriores, rebotó en el suelo de cemento a menos de diez pulgadas del rostro de Ward, dio en otro montón de bidones, y toda una catarata se desparramó por la pieza, saltando y resonando.

La cuarta bala ya no salió de la pistola de Owen Langdon.

Tendido de lado en el suelo, con el hombro lleno de sangre y el rostro crispado en una mueca de dolor y furia Nathaniel Ward, agente especial del FBI, supo entonces por qué se le había enseñado a disparar de cualquier manera, en cualquier momento, en cualquier postura...

Ni siquiera sabía dónde tenía la mano que empuñaba la pistola. Sólo sabía que Owen Langdon iba a disparar otra vez y que él podía hacerlo antes. Sin apuntar. Sin pensar. Tan sólo disparar, por instinto... Era como aquellos muñecos de madera que salían inesperadamente en los polígonos de tiro de la academia... Sólo había que verlos, mirarlos una fracción de segundo y disparar.

Sí.

Disparó.

Owen Langdon quedó inmóvil como una estatua. Posiblemente, él fue el primero en comprender que iba a morir inmediatamente. La pistola con silenciador escapó de su mano. Rebotó sobre uno de los bidones que había quedado a sus pies, cayó al suelo... Se miró la mancha de sangre que tenía en el lado izquierdo del pecho... Sus ojos parecieron juntarse en la nariz, una de sus piernas se sacudió violentamente... Dio media vuelta y cayó sobre dos bidones, que rodaron un poco, hasta que Langdon cayó al suelo...

Nathan comenzaba a ponerse dificultosamente en pie cuando Louise Colbys disparaba.

La bala alcanzó al
g-man
en un costado, lo hizo girar de nuevo y lo derrumbó sobre otro
montón de desparramados bidones.

Cuando miró hacia la muchacha, ella le estaba apuntando con
mano temblorosa, pero resuelta a matar, a continuar disparando
hasta matarlo. Era un solo disparo, un solo instante... Tan breve,
que Nathan comprendió que ya no podría hacer lo mismo que había
hecho con Owen Langdon.

Pero Louise Colbys tampoco pudo disparar, igual que le había
ocurrido a Langdon.

Contra todo pronóstico y esperanza, fue Monty Coleman quien
disparó, con la pistola del mexicano que se dedicaba a pasear el
coche de Louise, y que cuando había sido alcanzado por Nathan
había ido a caer cerca de Coleman.

Fue éste quien disparó, y la bala dio en un brazo de Louise,
también la hizo girar, soltando la pistola, y la tiró de espaldas sobre
otro bidón de_ los muchos que habían desparramados por allí... La
tiró de espaldas contra otro, chocaron ambos, y la muchacha
rebotó, rodando por el suelo...

Cuando recuperó el sentido de la situación, Nathan Ward
empezaba a ponerse en pie, relampagueante en odio su mirada; y
Monty Coleman, tendido boca abajo entre un montón de bidones, la
miraba con una extraña sonrisa, mientras la apuntaba con la pistola
que había conseguido.

—Louise..., cariño, ponte en pie...

Ella intentó esconderse entre los bidones, arrastrándose, pero un
balazo que despejó el camino a los que pudiesen seguir la convenció
de que todo era inútil.

—¡Sal..., sal de
a-ahí...!

Ella se sentó, medio arrodillada, con la laida a medio muslo.

—Monty, querido...

—Sal... de ahí, querida... ¡Ponte en pie!

Ella obedeció. Le correspondía ahora mostrar la palidez del más
completo terror. No habría piedad para ella, lo sabía... No podía ser
de otro modo.

Se había levantado y quedó vacilante, colgando su brazo

sangrante, fijos sus hermosos ojos en los de Monty Coleman. Éste sostuvo la mirada unos segundos, antes de desviarla hacia su compañero.

—Nat..., ¿estás bien?

—Podría estar peor, Monty.

—¿Te... te han malherido?

—Una herida rabiosa y cruel, Monty; pero saldré de ella con facilidad. Tranquilízate, yo me encargaré de Louise Colbys.

—No, no...

—Monty, estás muy mal. No te preocupes por nada ahora. Déjate vencer por el dolor, por la debilidad...

Cuando le recuperes, estarás en un sitio agradable... y todo habrá terminado.

—Cállate, Nat.

—Escucha...

—¡Cállate! ¡Cállate o te mato!

—Como tú quieras.

Monty Coleman regresó su mirada hacia la Colbys.

—Las cosas han cambiado, ¿no, amor?

—Monty... Monty, amor mío, no era verdad nada...

—Ya lo sé...

—¡No! ¡No me refiero a eso! ¡Lo que dije antes fue porque tenía que decirlo! ¡Owen me hubiese matado si hubiese dicho otra cosa! ¡Te lo juro, Monty!

—Te creo...

Ella cayó de rodillas y comenzó a acercarse así a Coleman.

—Monty, no me mates... ¡No me mates!

—¿Por qué... dices... eso? Ni siquiera... ni siquiera te... te he amenazado, querida.

—Monty, te quiero... ¡Te quiero!

—Ya lo sé... Por eso, cuando disparaste contra... contra mí, le parecía muy divertido...

—¡No me divertía!

—Claro... Estabas fingiendo..., ¿verdad?

—¡Sí, Monty! ¡Fingía!

—Pero la... la verdad es que me quietes... ¿Sí, amor?

—¡Sí, Monty!

—Es verdad... Por eso dijiste... por eso dijiste: «Felices sueños,

querido...». Tú no querías... matarme. Sólo querías propor... proporcionarme... felices sueños... ¿No es eso, querida?

—Sí... ¡Sí, Monty!

—Igual... igual que cuando yo me... me inyectaba morfina, y... y caía como muerto... en tu cama... Te oía... Te oía como muy de lejos... Siempre decías: «Felices... sueños, querido...». Y te veía sonreír... Una sonrisa extraña, amor...

—Monty... Monty, mi vida... ¡Sólo me sentía feliz porque tú tenías lo que querías!

—Claro... Yo quería los felices... los felices sueños de... de la morfina. Tú... tú me la dabas, me mirabas sonriendo y... y decías...: «Felices sueños, querido...». Y te burlabas de mí..., te burlabas de lo que quedaba de... de un hombre del FBI, de lo... de lo que quedaba de mi agente del FBI...

—¡No me burlaba!

—Ya sé, ya sé... Me amabas, ¿no es eso?

—¡Sí!

—Es verdad... Por eso siempre sonreías cuando... cuando yo caía en la cama, recién drogado... Yo... yo siempre oía tu voz, diciendo: «Felices sueños, querido...». Pero... pero no comprendía que me odiabas, que tus palabras eran... eran tanto como decir que deseabas verme... reventar... a fuerza de morfina... Sólo lo he comprendido cuando... cuando has disparado contra mí diciendo... diciendo lo mismo... Sólo que esta vez podías... darte el gusto de matarme por ti misma... Antes... antes sólo podías hacer de mí una... una escoria... Felices sueños, querido..., y todo lo que deseabas, lo que te divertía, era verme convertido en una piltrafa, en una sombra... Te divertía... Y cuando más te has divertido ha sido... ha sido al disparar contra mí, riendo y... y diciendo eso de «Felices sueños, querido...».

—Monty, no te odio. —Louise se arrastraba más hacia Monty—. ¡Te juro que no te odio! ¡Te amo!

—Entonces..., ¿eso que decías...?

—¡Lo decía sinceramente! ¡Sinceramente te deseaba felices sueños, quería que fueses feliz...! ¡Lo decía sinceramente...!

Monty Coleman sonrió con una mueca crispada.

—Yo... yo también lo digo sinceramente: ¡felices sueños, querida!

Disparó.

La primera bala se clavó en el seno derecho de Louise Colbys, que dejó de arrastrarse hacia el moribundo

g-man

y saltó hacia atrás; cayó de modo extraño, sobre sus propias piernas, rebotó y quedó sentada de lado, desorbitados los ojos...

La segunda bala disparada por Monty le alcanzó justo debajo del bonito seno izquierdo, y Louise Colbys pareció que ni siquiera había notado el plomo entrando en su cuerpo, porque apenas se estremeció.

La tercera bala le alcanzó un poco más arriba que la segunda, y más hacia el escote, derribándola de espaldas con tal violencia que pareció aplastarla contra el suelo. Quedó tendida cara al lóbrego techo mal iluminado al mismo tiempo que Monty Coleman, soltando la pistola, se relajaba y hundía también su rostro en el piso.

Nathan Ward pudo parpadear, al fin. Quiso ponerse en pie y todo su cuerpo pareció estar lastrado por aquel minúsculo trozo de plomo que tenía en un hombro... ¿O era por el del costado? ¿O era por los dos juntos?

Consiguió ponerse en pie y caminó tambaleante hacia el coche, notando que lodo giraba a su alrededor. Consiguió llegar hasta el coche y apretó el claxon. Se nublaba su visión... Comprendió que no podía estar allí, tocando el claxon, demasiado tiempo. Sacó el paquete de cigarrillos y arrancó un trozo, que colocó en la juntura del claxon... Cuando se apartó, el claxon continuó lanzando su estridente llamada.

Caminó dos pasos hacia Monty, dispuesto a ayudarle, a intentar hacer algo por él..., y entonces cayó de rodillas, de bruces...

La trasera del garaje vibraba al sonido del claxon, como un zumbido eterno, cuando Monty Coleman abrió los ojos... Vio a Nat, a Louise... Se arrastró hacia ésta... Todo estaba oscuro, sombrío, para él...

Pero pudo ver los abiertos ojos de Louise Colbys, su última expresión de espanto...

—Era... inevitable..., amor... El camino que... que seguíamos solo... sólo podía llevarnos a este... a este... destino. Y así... y así ocurre... y ocurrirá... con todos los que vivan... fuera... fuera de

la... de la ley... Felices sueños, querida...

Nathan Ward despertó al día siguiente. Supo que estaba en un cómodo lecho y, casi enseguida, notó el dolor en el hombro y en el costado.

—¿Qué... qué?

—Nat... Nat, amor mío...

Fue como si una ráfaga de viento se llevase el humo que había tenido ante los ojos.

—Alice... Alice, ¿eres tú?

—Sí, Nat.

—Nosotros también somos nosotros —dijo una voz.

Ladeó la cabeza. Allá estaban Harold Leonard, jefe de la Delegación del FBI en El Paso, y el agente Boyd Benton, los dos mirándole con una sonrisa un tanto irónica.

—¿Qué... qué pasó?

—Bueno —carraspeó Leonard—, se hizo una buena redada, Nat. La policía mexicana y nuestros hombres de allá completaron el trabajo. Doce detenidos y más de un millón y medio de dólares en marihuana... No ha estado mal. ¿Te explicamos ahora cómo conseguimos seguir el hilo que llevaba el ovillo?

—¿Qué importa... eso? ¿Y... y Monty?

Leonard y Benton enmudecieron. Los dos miraron a Alice Coleman, en cuyos ojos aparecieron dos lágrimas.

—Nat, él... él murió... Murió a tu lado, peleando por el FBI, por todo lo que significa...

—¿Por... el FBI, Alice?

—El inspector Leonard me lo ha explicado todo... Me dijo que tú y Monty estabais trabajando juntos en una pista de marihuana, y que os capturaron, que te hirieron a ti y que a él... a él...

—Alice, siento... siento...

Alice Coleman sonrió valientemente, pero ya las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Yo..., yo me hago cargo. Siempre..., siempre caen los buenos... A ti te hirieron y a él... lo mataron. No voy a lamentarme, Nat. Monty siempre lo quiso así, siempre fue un buen agente del FBI, siempre estaba dispuesto a pelear a favor de la ley... Aunque no lo creas, las palabras del inspector Leonard me consuelan... Es muy hermoso saber que mi hermano murió cumpliendo con su deber,

luchando junto a un compañero y que su nombre estará para siempre escrito en el libro de mérito del FBI...

Nathan Ward miró a Harold Leonard y a Boyd Benton. Los dos inclinaron la cabeza y se dirigieron hacia la puerta. Ya abierta, y a punto de salir de la habitación, Harold Leonard dijo:

—Creo que te debo quince días de vacaciones, Nat. Cuenta con ellos, para ir al Gran Cañón, cuando salgas de aquí.

Ward asintió débilmente con la cabeza.

Creyó que no conseguiría encontrar voz para responder, pero si pudo hacerlo:

—Gracias... por todo, señor.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...